

I I I

LA IGLESIA EN LA REALIDAD DE LA PATRIA

FECHAS SIGNIFICATIVAS

PLEGARIA POR LA PATRIA
TE DEUM
(18-IX-1939)

La patria nos congrega en este instante junto al altar de Dios.

Del fondo del pasado su voz nos llega trayéndonos el llamado de esa herencia que hay que prolongar en el presente y proyectar hacia el futuro.

Porque la patria es eso: eco augusto que viene del tiempo cargado de gestas heroicas, virtudes ocultas, esfuerzos constantes; imperativo solemne que consagra el trabajo de un presente que es necesario realizar con fe y sacrificio; miraje dilatado de un futuro hacia el cual debe ascender como a meta sublime nuestra historia.

La Patria es sudor y trabajo, sangre y dolor de redención, recuerdo y esperanza, lazos de espíritu que abrazan a los ciudadanos para hacerlos vibrar y vivir en el alma inmortal de la nación. Por eso, porque la Patria es más que el agruparse de individuos, porque es alma y es espíritu nos congregamos esta mañana de septiembre ante el Altar de Dios.

Ni la sangre sola; ni la guerra, ni la convivencia material crean las Patrias, la tosca arcilla necesita del "spiraculum vitae" el soplo del espíritu, para animarse y vivir.

"El ser de la Patria, al decir de Maeztu, (1) se funde en su valor o en una acumulación de valores con lo que en el suelo en que habitan. La Patria se funda en el espíritu, es decir en el bien. En el bien se funda y en el bien se sostiene, así como en el mal se deshace. Cuando se ama en la Patria preferentemente su acción y significación espiritual, el patriotismo no es una pasión, sino un deber, un mandamiento de los más elevados, porque en el amor al espíritu nacional amamos al espíritu que es Dios".

Por esto el pensamiento de Dios y el de la Patria se confunden en el acto presente en un grande y sublime sentimiento: la oración.

Para el Cristianismo el amor a la Patria es un deber:

"Tenemos acreedores, dice admirablemente Sto. Tomás de Aquino: Dios, nuestros padres y la Patria; Dios nuestro creador y nuestra providencia; nuestros padres autores de nuestros días y nuestros primeros educadores; la Patria principio y fuerza directiva de nuestra vida social". (2).

Y a la Patria hay que amarla con la ternura del que expresa un santo afecto y la austera conciencia del que realiza un sagrado deber.

Hay que amarla con el cumplimiento exacto y fiel de nuestras obligaciones, con el esfuerzo constante por su progreso, con el respeto y la obediencia a sus instituciones y autoridades, pero sobre todo con el acrecentamiento de nuestra fuerza moral.

La grandeza de los pueblos se mide en primer lugar por sus fuerzas espirituales. La unión de las voluntades en la justicia y caridad, fundamento único de la paz verdadera, es fruto del espíritu. Ahí se encuentra el cauce histórico en que la Patria debe desarrollarse y vivir.

El ímpetu sagrado de que se nutren los pueblos es el de su corriente histórica y en Chile esa corriente es su tradición católica, bebida en el pecho generoso de la gran madre España.

(1) Maeztu Ramiro de: escritor español, nacido en 1875 y muerto en 1936. Revolucionario en su juventud y defensor de la España tradicional en sus últimos años. Escribió *Hacia otra España*; *La Revolución y los Intelectuales*; *Don Quijote*, *Don Juan y la Celestina*; *La Crisis del Humanismo*; *Defensa de la Hispanidad* (esta última marcadamente integrista).

(2) *Suma Teológica*, II-II, q. 101, a-1.

Bajo la enseñanza de la Cruz nació a la vida el mundo de Colón.

Su civilización, su savia, fue la civilización cristiana que monjes y guerreros, filósofos y artistas plasmaron en obras inmortales.

Un ideal religioso junto a un ideal patriótico impulsó como en místico soplo la empresa de nuestra independencia. En las horas de prueba fue la confianza en el Dios de sus mayores la que sostuvo a los Padres de la Patria y en las horas de los grandes sacrificios fue la visión del Divino Crucificado la que hizo ofrendar en el altar de la Patria a nuestros héroes el holocausto de sus existencias generosas. Fue la imagen de la Virgen del Carmelo la que como clarinada llevó nuestros soldados a la victoria y sigue siendo la inagotable fuente de la moral cristiana la que forja la abnegación silenciosa de la madre, la virtud delicada de las doncellas. la fuerte entereza de los hombres, las virtudes de todo un pueblo que viene a beber la fuerza de su espíritu en esta honda y fecunda corriente de nuestra vida nacional.

Por esto, en esta mañana de septiembre nos congregamos en nombre de la Patria junto al altar de Dios.

Y él nos dicta nuestros grandes deberes patrióticos. Trabajar con ahinco en la grandeza moral de nuestro Chile. Buscar en la justicia y el amor de hermanos los luminosos caminos de la paz. Saber ofrendarle a la Patria el sacrificio de todo nuestro ser, incluso la misma vida, gustando en esa inmolación suprema el agrodulce sabor del verso horaciano "dulce et decorum pro Patria mori". (3). Escribir no sobre borronientas cuartillas, sino en el alma de un pueblo el poema de la chilenidad, poema que brota de las raíces de nuestra tradición, del cual cada ciudadano es una estrofa y en el cual la unión de todos forma la armonía final. Poema que se canta con la música de las glorias pasadas y se arrulla con la canción de las esperanzas futuras. Poema de chilenidad que expresa la fuerza del músculo, el esfuerzo de la inteligencia, la pureza de la conciencia y el vibrar de la fe cristiana en un pueblo que sabe que en la primacía del espíritu halla el sendero de la inmortalidad.

"Fiat pax in virtute tua" dice el salmo del peregrino que marcha hacia Jerusalem. (4).

La paz en la virtud de sus hijos es el salmo de la Patria que hoy todos debemos recordar. Y en esa paz la unión y la concordia de los ciudadanos, pensando que Chile es tibio regazo materno donde todos los hermanos caben unidos por un afecto supremo, porque la patria, señores, es como la madre alrededor de la cual todos los hijos se estrechan para besarla en la frente.

Por esta obra de unión y de concordia realizada al encauzar los destinos del pueblo en su corriente histórica, oremos en estos momentos de súplica y gratitud. Y mientras suben al cielo los versos del himno ambrosiano, (5) brote también como un incienso nuestra común plegaria.

Por Chile y sus gobernantes, por su ejército e instituciones armadas, por sus hijos que diseminados en su suelo laboran su grandeza, por la unión de todos a la sombra de la cruz redentora y entre los pliegues de la bandera, por el bien común, levantemos al Padre que está en los cielos nuestra ferviente oración:

nuestra ferviente oración: OREMOS.

(3) Tr.: "es dulce y hermoso morir por la patria".

(4) Tr.: "Que haya paz en el ámbito de tus dominios", *Sl.* 121, 7.

(5) Himno ambrosiano: el Te Deum.

PLEGARIA POR LA PATRIA (1)
(22-IX-1940)

La plegaria por la Patria ha comenzado.

Bajo el azul del cielo, entre los muros derruidos de nuestro antiguo templo, sintiendo la evocación del pasado que nos llama y la voz del porvenir que nos empuja, vibrando todos en un mismo sentimiento, nos congregamos esta mañana de septiembre junto al Altar de Dios.

Venimos a elevar hacia el Altísimo el canto de la gratitud, a modular con nuestros labios y más que todo con nuestro espíritu la plegaria por la Patria, a cavar en la tierra fecunda de la historia para hallar el rico venero de sus glorias y a afirmar una vez más la decisión inquebrantable de ofrendar por su grandeza el sacrificio de todo nuestro ser.

Viven Chile y el mundo un momento histórico de su existencia. Y en estas horas cruciales de la humanidad cuando viejos moldes se derrumban y nuevos rumbos se diseñan, es deber imperioso del patriota ir en busca del núcleo espiritual que es centro y cohesión de la nación, donde la Patria al afirmarlo encuentra su camino y al relajarlo su interior disolución.

Y ese centro de cohesión y de firmeza no es otro, señores, que la afirmación clara y rotunda de los valores morales, la primacía del espíritu, la unión de las voluntades y esfuerzos en la justicia y el amor.

Ovidio hablaba de un ímpetu sagrado de que se nutren los poetas, "ímpetus ille sacer qui vatum pectora nutrit". El ímpetu sagrado con que se han de nutrir los pueblos que ya tienen valor universal en su corriente histórica.

Es el camino que Dios les señala y fuera de la vía no hay sino extravío. (2).

El cauce histórico de Chile es el de su tradición hispana unida a la de su raza aborígen que el español cantó en sus versos e incorporó a su vida, el de su espíritu chileno que une la ruda austeridad de la montaña con la apacible benignidad del amplio valle, de ideales puros y agudo sentimiento de la realidad y en el fondo del cual dos ideas se mezclan y se enlazan en íntima y compacta trabazón: la Patria y Dios.

Porque todos sin distinción anhelamos que la corriente histórica de Chile se desenvuelva en su cauce normal, nos reunimos esta mañana de septiembre ante el altar del Señor y al hacerlo tocamos las fibras más íntimas de la nacionalidad porque el espíritu chileno, su tradición, su sino es estar abrazado a la Cruz del Redentor. Ahí se basan su progreso y estabilidad. El orden sin la ley y la ley sin Dios son cosas imposibles. Al desconocer la soberanía de Dios cada uno quiere ser, en la esfera que ocupa, soberano.

Por este motivo el día de las glorias nacionales comienza con la oración, por eso se entrelazan los estandartes con la cruz, por eso en esta hora todo el fervor patriótico se exhala en la plegaria, por esto sobre las diferencias pequeñas que dividen sentimos que los brazos de Cristo y los pliegues de la bandera nos envuelven y estrechan a todos los chilenos en indestructible y compacta unidad. Y expresión de esa unidad de un pueblo entero es nuestra común plegaria.

(1) D. M., 22-IX-1940, p. 3.

(2) Cfr. R. de Maeztu.

Oramos con el alma recogida en primer lugar por nuestro pasado, por nuestros muertos, savia que alimenta el árbol frondoso de la Patria de hoy; por los que en campos de batalla nos dieron independencia con su sangre, por los que en campos de trabajo nos dieron prosperidad con su sudor, por las madres abnegadas que junto a la cuna de sus hijos hicieron los destinos de la Patria, por los que en austero cumplimiento de sus deberes le dieron a Chile su vigor. La plegaria que traspone los límites del tiempo nos une en la rica tradición de nuestra historia y nos engarza con eslabón eterno a las generaciones pretéritas que en ininterrumpido esfuerzo plasmaron y desarrollaron la nación.

Oremos con santa esperanza sobre nuestro futuro, sabiendo que un plan amoroso de Dios vela sobre esta tierra y sus hijos que El guarda con providencial solicitud. Porque haya sonrisas puras en boca de los niños e ideales en flor en bocas juveniles, porque el austero valor de antaño siga anidando en el pecho de nuestros hombres y la cristiana modestia adornando a la mujer. Porque haya calor de afecto en los hogares y aprendan las futuras generaciones en ellos a mirar hacia arriba con fe, porque en justicia animada de amor se realice una paz social duradera y en el hondo sentido de fraternidad cristiana se estrechen en cordial abrazo los hijos de la madre común.

La plegaria, expresión de nuestras esperanzas inmortales, nos proyecta hacia el futuro de la Patria y nos aviva el sentimiento de nuestra responsabilidad.

Oramos por el pasado y por el porvenir de Chile, oramos también por su presente. Por sus gobernantes y magistrados, por su ejército e instituciones armadas, por sus obreros del músculo que diseminados en el suelo labran su grandeza, por la concordia de todos sus hijos unidos junto a la madre en un gran beso de paz.

Y mientras la oración sube al cielo como columna de perfumado incienso, vemos desfilar en nuestro espíritu las sombras veneradas de los que hicieron Patria, de los que sintieron Chile, de los que compusieron en diversas actividades, pero en idéntica armonía el poema sublime de la chilenidad.

O'Higgins y San Martín, Carrera y Manuel Rodríguez, Bulnes y Portales, guerreros y estadistas, maestros y misioneros, sabios y trabajadores que en 130 años van repitiendo con el esfuerzo y sacrificio de sus vidas el salmo augusto de la Patria. "Fiat pax in virtute tua". (3). La paz en la virtud de sus hijos. Y en el fondo de ese desfile de gloria, cobijándonos a todos bajo su manto de Reina y de Madre, María del Carmelo, la patrona jurada de nuestra bandera, el afecto santo de nuestros mayores, la esperanza más firme sobre Chile de divina protección.

Sobre la tierra hecha fecunda con sangre de sus héroes, bajo el azul de nuestro cielo hacia donde se ha elevado nuestra oración, renovemos una vez más el inquebrantable propósito de laborar por la felicidad de Chile y en unidad de hermanos, bajo la tradicional consigna de Dios y Patria aunar todos nuestros anhelos y trabajos hacia el bien común.

(3) Tr.: "Que se de la paz en el ámbito de tu dominio", Sl. 121, 7.

P L E G A R I A P O R L A P A T R I A
T E D E U M
(18-IX-1941)

Una vez más en el correr de nuestra historia, el pueblo chileno vibra alborozado en el recuerdo de su independencia nacional. Y una vez más también, el mismo pueblo se congrega para expresar al Señor en la plegaria su emocionada gratitud.

La voz que viene del pasado nos dicta la gran lección de nuestras glorias y la voz que llama al porvenir nos alienta con la canción de la esperanza; y entre recuerdos pretéricos y anhelos futuros sentimos este presente que Dios nos ha entregado para labrar en él la prosperidad de nuestra Patria y forjar con sacrificio y fe su destino.

Y porque a esa Patria la queremos grande y la soñamos bella, porque a cada instante aparece la elevación sublime de su alma, porque sabemos que en el espíritu está su fuerza y la médula más rica de su historia, en esta clara mañana de septiembre nos congregamos con la plegaria en los labios junto al Altar del Señor.

Y como sube hacia el cielo el aromado incienso, así brota en estos instantes del fondo de nuestros corazones la oración. Señor, decimos con el alma toda entera hecha plegaria, Tú que guías en el incierto correr de los tiempos la suerte de los pueblos, bendice a esta tierra a quien siempre has mirado con especial predilección.

Tiene en su alma la blancura de sus eternas nieves y la serena diafanidad de su azulado cielo, junto a la austeridad de su montaña el horizonte vasto de sus mares, hay ternuras de malas cumbres en crestas de sus Andes, hay amor y dolor en la trama fecunda de sus días y hay sobre todo un anhelo irresistible y pujante por permanecer fiel a la misión eterna que tu mano, Señor, le ha trazado.

Y porque sabemos que el alma de la Patria hay que buscarla en el cauce histórico que la Providencia le señala, porque sentimos que la tradición más auténtica de Chile es estar abrazado junto a la Cruz del Redentor, porque ahí colocamos la base de su progreso ya que el orden sin ley y la ley sin Dios son cosas imposibles, por eso, oh Señor, un pueblo entero en esta mañana se congrega, para mirar en tu luz su camino y con tu fuerza alentarse a realizar su misión.

Queremos tu luz, la verdad de tu palabra de vida, aquélla que por Jesucristo iluminó a todo hombre que viene a este mundo, diciendo siempre a Chile que en las virtudes morales que El hace germinar en los corazones de sus hijos se encuentra la solidez y prosperidad de sus instituciones y empresas. Queremos tu fuerza, la gracia de Tu vida divina, que copiosamente distribuyes a tus fieles, para cimentar en ella la paz en la justicia y la armonía en el amor.

Queremos, Señor, un Chile unido donde el odio no separe los corazones ni el egoísmo hiele los espíritus, un Chile fuerte donde el deber impere en las conciencias e impulse a los más nobles sacrificios, un Chile que en el trabajo cante el himno potente de la vida y que en sus inquietudes y anhelos busque siempre el ideal de Jesús.

En la cumbre más alta de sus montes, signo de unión entre los pueblos hermanos, está su imagen irradiando paz. Meciendo la cuna de su historia está su fe legada como precioso don por nuestra Madre España..

En los albores de su Independencia arde su amor en el corazón de los forjadores de la nacionalidad. En las horas de sus gestas heroicas de su presencia invisible está animando a O'Higgins, (1) Bulnes (2) y Prat, (3) y en el maravilloso y secreto tejido de su vida ciudadana, El inspira la rectitud de los magistrados, el poema sublime de los amores maternos, la serena dicha del hogar y el salmo esforzado del trabajo. Por eso, Jesús, en tu ideal y en tu doctrina, en lo que has sido, y en lo que eres para nuestra patria, ponemos la base indestructible de nuestra chilenidad.

Por eso en esta mañana, cobijamos bajo los pliegues de la bandera y el manto maternal de nuestra Madre del Carmelo, símbolos vivos de estos dos amores, expresamos en la plegaria por la patria el sentimiento de nuestra chilenidad.

Sobre las fuentes puras de los pequeñuelos, esperanza de la Patria caiga, oh Señor, Tu bendición. Que haya sonrisa de inocencia en sus labios y rosado color de salud en sus mejillas, que haya luz de fe en sus ojos que se entreabren a mirar la vida y color de afecto junto a sus corazones que empiezan a latir.

Sobre la juventud idealista e inquieta, promesa próxima de Chile, descienda como rocío en la hierba, tu divina caridad. Que sean puros para que sean fuertes, que tengan la mente pronta a toda idea noble y el pecho abierto como inmenso surco para todo bien.

Caiga como bienhechora lluvia tu moral en los hogares para que sean templos de sólida virtud y aprendan en ellos las nuevas generaciones a mirar la vida con fe. Conserva en la mujer de hoy el corazón sublime en su abnegación y ternura de la madre de ayer.

Ampara a nuestro pueblo y haz que en la visión del obrero divino encuentre en el trabajo su significado redentor. Alienta sobre nuestro ejército e instituciones armadas el recuerdo de sus glorias y hazlos que fieles a su pasado sigan en el presente su noble y heroico sendero de ayer.

Bendice a nuestros gobernantes dándoles la abundancia de gracias para llenar su alta y difícil misión.

Sobre la tierra madre fecundada con sangre de sus héroes y sudor de sus hijos, bajo el azul de nuestro cielo ha brotado como un clamor nuestra aplegaria. Recíbela Señor. Surge de las raíces profundas de la chilenidad. Es un grito de fe para mirar hacia la altura, es una voz común para realizar en el amor fraterno nuestra unión...

Es la afirmación solemne de un pueblo que quiere permanecer fiel a su pasado y laborar con energía inquebrantable su futuro. Es la palabra esencial de nuestra raza, el salmo de la Patria que ora la promesa solemne de una nación que con esperanza y dolor forja serena su grandeza bajo el amparo de su Dios.

(1) O'Higgins, Bernardo: Principal gestor de la Independencia Nacional. Padre de la Patria. Director Supremo de Chile entre 1818-1823.

(2) Bulnes, Manuel: Militar con destacada participación en la Guerra de Arauco y luego en la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana. Presidente de la República entre 1841-1851.

(3) Prat, Arturo: Héroe naval, mártir en el Combate Naval de Iquique en 1879 contra la Armada Peruana.

LA PATRIA Y LA EUCARISTIA (1)
CONGRESO EUCARISTICO NACIONAL
(XII-1941)

“Eminentísimo señor Cardenal Legado de S. S.;
Señores Ministros de Estado;
Excelencias Reverendísimas;
Señor Comandante en Jefe del Ejército;
Señor Director General de la Armada;
Señor Comandante de la II División;
Soldados de Chile:

La Patria nos congrega en estos instantes junto al altar de Dios.

Del fondo del pasado su voz nos llega trayéndonos el llamado de esa herencia de gloria que hay que prolongar en el presente y proyectar hacia el futuro.

Porque la Patria es eso: eco augusto que viene del tiempo cargado de gestas heroicas, virtudes ocultas, esfuerzos constantes; imperativo, solemne, que consagra el trabajo de un presente que es necesario realizar con fe y sacrificio; miraje dilatado de un futuro hacia el cual debe ascender como a meta sublime nuestra historia. La Patria es sudor y trabajo, sangre y dolor de redención, recuerdo y esperanza, lazos de espíritu que abrazan a los ciudadanos para hacerlos vibrar y vivir en el alma inmortal de la nación. Por esto, porque la Patria es alma y es espíritu nos congregamos esta mañana, soldados y civiles, junto a la Cruz del Redentor.

Venimos a elevar hacia el Altísimo el canto de la gratitud, a modular con nuestros labios y más que todo con nuestro espíritu la plegaria por la Patria, a cavar en la tierra fecunda de sus tradiciones para hallar el rico venero de sus glorias y afirmar, una vez más, la decisión inquebrantable de ofrendar por su grandeza el sacrificio de todo nuestro ser.

Viven Chile y el mundo un momento histórico de su existencia y en estas horas cruciales de la humanidad, cuando viejos moldes se derrumban y nuevos rumbos se diseñan, es deber imperioso del patriota ir en busca del núcleo espiritual que es centro y cohesión de la nación, donde la Patria al afirmarlo encuentra su camino y al relajarlo su interior disolución.

Y ese centro de cohesión, de firmeza no es otro, señores que la afirmación clara y rotunda de los valores morales, la primicia del espíritu, la unión de las voluntades y esfuerzos en la justicia y el amor de Jesucristo.

“El ímpetu sagrado, dijo un gran pensador español, de que se han de nutrir los pueblos que ya tienen valor universal es su corriente histórica. Es el camino que Dios les señala y fuera de la vía no hay sino extravíos”. (2)

(1) *La Revista Católica*, Santiago, p. 593-96.

(2) Maeztu, Ramiro de: escritor español que vivió entre 1875 y 1936. Revolucionario en su juventud y defensor de la España tradicional en sus últimos años. Escribió *Hacia otra España*; *La Revolución en los Intelectuales*; *Don Quijote*, *Don Juan* y *La Celestina*, *La Crisis del Humanismo*, *Defensa de la Hispanidad*. Esta última, marcadamente integrista.

El cauce histórico de Chile es el de su tradición hispana unida a la de su raza aborígen que el español cantó en sus versos e incorporó a su vida, el de ese espíritu chileno que une la ruda austeridad de la montaña con la apacible benignidad del amplio valle, de ideales puros y agudo sentimiento de la realidad y en el fondo del cual dos ideas se mezclan y enlazan en íntima trabazón: la Patria y Dios.

Porque todos sin distinción anhelamos que la corriente histórica de Chile se desenvuelva en su cauce normal, nos reunimos en estas jornadas en torno a la Eucaristía, supremo don de Dios al hombre, y al hacerlo tocamos las fibras más íntimas de la nacionalidad, porque el espíritu chileno, su tradición, su sino es estar abrazado junto a la Cruz del Redentor.

La tradición católica bebida en el pecho generoso de la gran madre España es el cauce histórico en que la Patria debe desarrollarse y vivir. Ahí se basan su progreso y estabilidad. El orden sin la ley y la ley sin Dios son cosas imposibles. Al desconocerse la soberanía de Dios cada uno quiere ser, en la esfera que ocupa, soberano.

Bajo la enseña de la Cruz nació a la vida el mundo de Colón.

Su civilización, su savia, fue la civilización cristiana que monjes y guerreros, filósofos y artistas plasmaron en obras inmortales.

Un ideal religioso junto a un ideal patriótico impulsó como en místico soplo la empresa de nuestra independencia. En las horas de prueba fue la confianza en el Dios de sus mayores la que sostuvo a los Padres de la Patria y en la hora de los grandes sacrificios fue la visión del Divino Crucificado la que hizo ofrendar en el altar de la Patria a nuestros héroes el holocausto de sus existencias generosas.

Fue la imagen de la Virgen del Carmelo la que, como clarinada, llevó a nuestros soldados a la victoria y sigue siendo la inagotable fuente de la moral cristiana la que forja la abnegación silenciosa de la madre, la virtud delicada de las doncellas, la fuerte entereza de los hombres, las virtudes de todo un pueblo que viene a beber la fuerza de su espíritu en esta honda y fecunda corriente de nuestra vida nacional.

Por eso, en esta mañana de diciembre nos congregamos en nombre de la Patria junto al altar de Jesús.

Y mientras la oración sube al cielo, sentimos que la Eucaristía nos une a la auténtica tradición nacional. Parece que en este sitio recobrarán nueva vida las sombras veneradas de los que hicieron Patria, de los que sintieron Chile, de los que compusieron en diversas actividades pero en idéntica armonía el poema sublime de la chilenidad.

O'Higgins (3) y San Martín, (4) Carrera (5) y Prat, (6), Bulnes (7) y Portales, (8) guerreros y estadistas, maestros y misioneros, sabios y trabajadores que en 130 años van repitiendo con el esfuerzo y el sacrificio de

(3) O'Higgins, Bernardo (1779-1842). Principal gestor de la Independencia de Chile. Director Supremo entre 1818-23.

(4) San Martín, José. Luchador por la Independencia de su país (Argentina) y también de Chile (junto a O'Higgins) y de Perú.

(5) Carrera, José Miguel. De los primeros gestores de la Independencia de Chile. Toma el poder entre 1812-13. Con él crece la inquietud de libertad.

(6) Prat, Arturo. Máximo héroe naval chileno. Mártir del Combate Naval de Iquique en la Guerra del Pacífico en 1879.

(7) Bulnes, Manuel. Destacado militar en la pacificación de Arauco y en la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana en 1839. Presidente de la República entre 1841-51.

(8) Portales, Diego. Ministro de Estado importantísimo en los Gobiernos de Ovalle y Prieto. Entrega a este período su espíritu. Mediante fuerte represión es capaz de imponer el orden en la nación. Es asesinado en 1837.

sus vidas el salmo augusto de la Patria, "fiat pax in virtute tua". (9). La paz en la virtud de sus hijos. Y en el fondo de ese desfile de gloria, cobijándonos a todos bajo su manto de Reina y de Madre, María del Carmelo, la Patrona jurada de nuestros Ejércitos, la Estrella luminosa de nuestra bandera, el afecto santo de nuestros mayores, la esperanza más firme sobre Chile de divina protección.

Bajo el azul de nuestro cielo, como columna de perfumado incienso, brota al calor de la Eucaristía la oración por la Patria querida. Señor, decimos, con el alma toda entera hecha plegaria. Tú que guías en el incierto correr de los tiempos la suerte de los pueblos, bendice a esta tierra a quien siempre has mirado con especial predilección.

Tiene en su alma la blancura de las eternas nieves y la serena diafanidad de su azulado cielo, junto a la austeridad de su montaña el horizonte vasto de sus mares, hay ternuras de madre en el regazo de su fértil tierra y arrogancias de reina en las cumbres enhiestas de sus Andes, hay amor y dolor en la trama fecunda de sus días y hay sobre todo un anhelo irresistible y pujante por permanecer fiel a la misión eterna, que tu mano, Señor, le ha trazado.

Por eso, frente a Tu Hostia un pueblo entero, soldados y civiles, se congregan para mirar en tu luz su camino y con tu fuerza alentarse a realizar su misión.

Queremos tu luz, la verdad de tu palabra de vida, aquélla que por Jesucristo ilumina a todo hombre que viene a este mundo, diciendo siempre a Chile, como lo dices en esta hora, que las virtudes cristianas de sus hijos se encuentran en la solidez de sus instituciones y empresas. Queremos tu fuerza, la gracia de tu vida divina, que copiosamente por la Eucaristía distribuyes a tus fieles, para cimentar en ella la paz en la justicia y la armonía en el amor.

Queremos, Señor, un Chile unido donde el odio no separe los corazones ni el egoísmo hiele los espíritus, un Chile fuerte donde el deber impere en las conciencias e impulse a los más nobles sacrificios, un Chile en que el trabajo cante el himno potente de la vida y que en sus inquietudes y anhelos busque siempre el ideal de Jesús.

En la cumbre más alta de sus montes, signo de unión entre dos pueblos hermanos, está su imagen irradiando paz. Meciendo la cuna de su historia está su fe legada como precioso don por nuestra Madre España.

En los albores de su Independencia arde su amor en el corazón de los forjadores de la nacionalidad. En la hora de sus gestas heroicas su presencia invisible está animando a nuestros grandes soldados y en el maravilloso y secreto de su vida ciudadana. El inspira la rectitud de los magistrados, el poema sublime de los amores maternos, la serena dicha del hogar y el salmo esforzado del trabajo. Por eso, Jesús, en tu ideal y en tu doctrina, en lo que has sido, y en lo que eres para nuestra Patria, ponemos la base indestructible de nuestra chilenidad.

Por eso en la omnipotente plegaria eucarística nuestros amores de creyentes y patriotas suben al cielo como un potente clamor.

Sobre las frentes puras de los pequeñuelos, esperanza de la Patria, caiga, Señor, Tu bendición. Que haya sonrisas de inocencia en sus labios y rosado color de salud en sus mejillas, que haya luz de fe en sus ojos que se entreabren a mirar la vida y calor de afecto junto a sus corazones que empiezan a latir.

Sobre la juventud idealista e inquieta, promesa próxima de Chile, descienda como rocío en la hierba tu divina caridad. Que sean puros

(9) Tr.: "que haya paz en el ámbito de tu dominio". *Sl.* 121, 7.

para que sean fuertes, que tengan la mente pronta a toda idea noble y el pecho abierto como inmenso surco para todo bien.

Bendice a nuestros gobernantes dándoles la abundancia de tus gracias para llenar su alta y difícil misión.

Caiga como bienhechora lluvia tu moral en los hogares para que sean templos de sólida virtud y aprendan en ellos las nuevas generaciones a mirar la vida con fe. Conserva en la mujer de hoy el corazón sublime en su abnegación y ternura de la madre de ayer. Ampara a nuestro pueblo y haz que en la vida del Obrero Divino encuentre en el trabajo su significado redentor.

Alienta sobre nuestro pueblo y haz que en las armadas el recuerdo de sus glorias y hazlos que, fieles a su pasado, sigan en el presente su heroico sendero de ayer.

En la paz y en la guerra, en las horas amargas y risueñas, la Patria ha mirado tranquila en sus manos el bendito tricolor. Son los mismos del Ejército de Los Andes y de los Llanos de Maipú, (10) los mismos de Condell (11) y Latorre, (12) los mismos que como inmenso centinela velan día y noche el desarrollo normal de la nación, los mismos que un día lejano y siempre presente, allá en Mendoza pusieron en mano de su Reina y Patrona sus anhelos y que hoy una vez más en gesto que recogerá la historia, vienen a expresar, bajo los pliegues de la bandera que el manto de nuestra Madre del Carmelo tiene a sus pies, símbolos vivos de sus dos amores, el sentimiento elocuente de su chilenidad. Bendito, Jesús, bendice a nuestras instituciones armadas. Ellas rodean tu altar en estos instantes y cuando la ciudad duerme y este inmenso recinto queda solo, como un símbolo que canta su fidelidad, las estatuas de San Martín, O'Higgins y Bulnes, siguen cual ángeles de la Patria velando junto a esta cruz la unión eterna de la nación chilena con su Dios.

Sobre la tierra madre fecundada con sangre de sus héroes y sudor de sus hijos, bajo el azul de nuestro cielo ha brotado como un clamor nuestra plegaria. Recíbela, Señor, surge de las raíces profundas de la chilenidad. Es un grito de fe para mirar hacia la altura, es una voz común para realizar en el amor fraterno nuestra unión.

Es la afirmación solemne de un pueblo que quiere permanecer fiel a su pasado y laborar con energía inquebrantable su futuro. Es la palabra esencial de nuestra raza, el salmo de la Patria que ora, la promesa solemne de una nación que con esperanza y dolor forja serena su grandeza bajo el amparo de su Dios.

(10) Llanos de Maipú: lugar donde el 5-IV-1818 Chile libra una batalla decisiva para su Independencia.

(11) Condell, Carlos de la Haza: Nació en Valparaíso el 14-VIII-1843. Se incorporó a la Escuela Naval en 1858. Con Prat participó en La Esmeralda en el Combate de Papudo en 1866. El 21-V-1879, como Capitán de La Covadonga rindió a La Independencia, nave peruana. Bombardeó El Callao, como jefe del Huáscar, ya chileno. Murió en Quilpué el 24-X-1887.

(12) Latorre, Juan José: Nació en Santiago el 25-III-1846. En 1858 se incorporó a la Escuela Naval. Inició los combates navales de la Guerra del Pacífico. Capturó el Huáscar en Punta Angamos el 8-X-1879. Falleció en Viña del Mar el 9-VII-1912.

P L E G A R I A P O R L A P A T R I A
T E D E U M
(18-IX-1942)

La Patria nos convoca en su día ante el altar del Señor.

Y a su llamado un pueblo se congrega en aquel grande y emocionado silencio donde las pasiones callan y los egoísmos enmudecen, para escuchar tan sólo la voz de Dios que adoctrina en verdades, la de la Patria que llama en deberes y la de la propia conciencia que apremia en responsabilidades.

Y esas tres voces unidas en una sola, nos dictan en este día el Decálogo de la chilenidad.

Hay en él la misteriosa vibración de la historia pretérita, la apasionada inquietud de las aspiraciones presentes y el confiado acento de las esperanzas futuras.

Vibra en cada uno de sus preceptos la voz de la tradición que señala el cauce providencial de la patria y los anhelos vitales de un pueblo que busca con maravilloso sentido las rutas del porvenir.

Voz de Dios, voz de Chile, voz de la conciencia, ellas van a recordarnos en este dieciocho de septiembre el Decálogo de nuestro patrio deber.

I.— Chileno:

Amarás con ardor apasionado la grandeza de la Patria.

Verás en Ella la tierra bendita, donde el azul del cielo te llama a la esperanza y el verde de sus campos promete fecundidad. Donde el Pacífico canta el himno de los horizontes infinitos y el Andes señala la cima de un perenne ideal.

Verás en ella la raza magnífica, donde España y Arauco funden sus cualidades; la historia cuatro veces centenaria, donde la fisonomía de un pueblo se plasma y se moldea; las virtudes privadas y públicas donde su espíritu se expresa; el destino común que nos estrecha en maravilloso sentido de solidaridad nacional.

Amarás esa grandeza, que no es ansia imperialista, sino expresión acabada de espiritual irradiación.

II.— Chileno:

Pondrás como base indestructible del amor patrio, el amor a tu Dios.

La sabiduría antigua nos dijo que "arae et foci" altares y hogares constituían los cimientos de la nación.

La idea de Dios y su relación con El, forman el cauce histórico de Chile.

El hombre está ligado con un triple vínculo: a Dios, a sus padres y a la Patria. Son tres paternidades a cuya influencia ningún hombre se sustrae. La filosofía y el sentido popular de todas las edades unieron siempre en lazo sagrado los nombres de la Patria y de Dios.

Ellos proclaman los más altos valores que significan la vida. Sobre ellas se levanta seguro el edificio social.

Cuando con poca profunda alegría se fecha de nuestra fiesta nacional viene a tidearnos mas vivo el recuerdo de la patria, cuando en nuestra memoria se reavivan las paginas gloriosas de nuestra historia, cuando ~~nos vemos~~ ante nuestra imaginación se presentan aun mas claros ~~los recuerdos~~ la visión de nuestros campos y ciudades y la imagen gloriosa olvidada del hogar amado, ves bien dulce y consolador sentir en tierra extranjera que junto a nosotros vibran coragones de hermanos, almas que ~~con nuestros dolores~~ saben compartir nuestras alegrías; que sabrán sin duda tambien compartir nuestro dolor.

yo quisiera que ese afecto que hoy y en cada una de estas fiestas nos une en Estrecho y consolida cada vez mas fuertemente; que unidos en ese ~~hondo~~ triple lazo del sacerdocio, Roma y América ~~nos~~ fuésemos como la apretada garra, que en

¡Cosa muy bella la amistad, tan bella que mereció ser celebrada por el principe de los oradores latinos. Ciceron, es ~~admirable~~ tan hermosa que ~~si~~ las tinieblas del paganismo pueden oscurecer su esplendorosa luz, pero hay algo aun mas hermoso y sublime que la amistad de los hombres, es la amistad sacerdotal.

~~Desafortunadamente~~ la amistad humana muchas veces va basada en cálculos, sentimientos, afectos naturales y como tal no puede desafiarse ni a la separación, ni al tiempo, ni a la muerte, la amistad sacerdotal en cambio reposa en la mas ~~alta~~ grande de las virtudes de la Caridad, ~~temeroso~~ de Cristo, su reino

III.— Chileno:

Trabajarás por el engrandecimiento espiritual de Chile.

Es en el imperio de la moral en las costumbres públicas y privadas donde se encierra su felicidad.

Las más altas civilizaciones perecen cuando su moral decae.

Los mayores adelantos materiales ruedan por el polvo cuando la conciencia moral se oscurece.

Las peores tiranías se enseñorean, cuando al olvidarse de la ley moral, pierden los pueblos e individuos el sentido de su dignidad humana y nacional.

No es en el temor que hace siervo, ni en la violencia que hace esclavos, donde los pueblos defienden su patrimonio, sino en el triunfo del espíritu que liberta, de la moral que dignifica y de las virtudes que ennoblecen la vida.

Y esa leyenda moral no es norma arbitraria o subjetiva, sino imperioso precepto grabado en el corazón, proclamado por Dios en la Ley antigua, y perfeccionado por Cristo en el Evangelio.

IV.— Chileno:

Amarás la familia, célula primera de la nación y recordarás que la Patria es "terra patrum", la tierra de nuestros padres, a los cuales nos sentimos ligados por indestructible vínculo familiar.

Por ella entra el hombre a formar parte de la Patria.

La familia es el santuario de las virtudes domésticas, que dan al hombre su fuerza íntima y tienen su expansión en la vida social.

No hay Patria gloriosa sin familia fuerte.

No hay firmeza familiar si el espíritu cristiano no vivifica el amor de los esposos, no sostiene la autoridad de los padres y no une a todos los que la componen en vínculo de sagrada caridad.

Defender la familia de todo lo que la disgrega u oprime, ensalzar el alto sentido de la paternidad, dar a los padres la conciencia de su sublime misión educadora, robustecer en todas sus formas la vida del hogar, es hacer patria y laborar por su grandeza.

V.— Chileno:

Lucharás por una patria fuerte en la virtud de sus hijos. El vicio la debilita y degrada.

Y no podría en estos instantes hablar de deberes con la Patria sin alzar mi voz de sacerdote y chileno para clamar con toda la energía de mi espíritu contra la vergüenza nacional de la embriaguez, sin llamar en este día a autoridades y ciudadanos a una cruzada contra ella, sin decir con valentía que envuelve traición el mirar impasible cómo se cava ante nuestros ojos la fosa de la patria.

VI.— Chileno:

Recordarás que los pueblos se engrandecen en sobriedad de vida.

Que el esfuerzo es ley que perfecciona al hombre.

Que el vencimiento propio es el que crea la voluntad y engendra los grandes caracteres.

VII.— Chileno:

Amarás el trabajo que es ley de Dios, que ennoblece y es única fuente de prosperidad verdadera.

El ocio enerva. El trabajo dignifica.

Las manos del Hombre-Dios se encallecieron en el trabajo y su frente divina se humedeció de sudor.

Patrón: respetarás el trabajo de tu obrero. No es mercancía que se paga a vil precio, sino esfuerzo humano por el cual él y su familia deben subsistir y prosperar.

Obrero: estimarás tu trabajo y tratarás de dar a tu obra la perfección creadora del artífice, sabiendo que con ella cooperas al progreso social.

VIII.— Chileno:

Has nacido en una democracia. Debes luchar por perfeccionarla.

Ella es libertad en la verdad, igualdad en la justicia, fraternidad en la caridad.

El Cristianismo al proclamar la libertad humana y al establecer la verdadera igualdad y fraternidad entre los hombres, puso las bases de la auténtica democracia.

De ahí que ésta, a pesar de las deficiencias que haya podido sufrir, apoya su raíz en el Evangelio.

Nuestro deber es trabajar porque el espíritu de Cristo se infunda cada vez más en la democracia y mediante El ésta se amplíe y se supere.

Los Padres de la Patria instituyeron una democracia, que a través de la historia, Chile ha sabido conservar.

Amar esa democracia y defenderla en su genuino concepto es cumplir para con Chile un sagrado deber.

IX.— Chileno:

Perteneces a un Cuerpo Social. No puedes desentenderte de la suerte de tus hermanos.

El sano patriotismo, es, ante todo, sentido social.

El egoísmo hiela y aísla.

El sentido social nos hace vivir la maravillosa realidad de nuestra solidaridad humana y cristiana.

Saber comprender el dolor ajeno y procurar remediarlo.

Levantar al caído y redimir al que erró.

Poner al servicio de los demás nuestro esfuerzo y subordinar nuestros intereses al bien común.

La Patria no es una ficción teórica. La Patria son sus hombres, a todos los cuales hay que servir y amar.

Los intereses pequeños dividen.

El gran ideal de la Patria nos une.

X.— Chileno:

Hay miseria inmerecida a tu alrededor.

Hay dolor de madres, llorar de niños famélicos y angustias en el pecho noble del trabajador.

No dejes que en este surco abierto germine el error.

Trabaja por la instauración de un orden donde la Justicia Social sea la base; la equidad, la norma; el amor fraterno, el vínculo y la paz social su coronación.

No olvides que en el Mandamiento supremo del Maestro, está igualmente la más perfecta lección de civismo: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo por amor de Dios". (1).

Señores:

El Decálogo de nuestros deberes para con la Patria ha sonado en esta hora. Sepamos comprenderlo y meditarlo. Y mientras en repicar de campanas, atronar de salvas y vibrar de aires marciales, el sol de septiembre nos recuerda la epopeya de nuestra libertad, sintamos que Chile nos llama a ofrecerle el gesto heroico de un amor que se inmola en sacrificio, que se expresa en deberes y que olvidándose de uno mismo se entrega en servicio por su grandeza y prosperidad.

(1) Mt. 22, 39.



+ Te-Deum-1958

1) La Patria se ha recogido a nos.

Silencio augusto donde la Nación se venamente concipie misas y en sus.

Instante de elevación suprema, donde el himno de la alabanza al Señor surge potente para agradecer sus bendiciones e impetrar sus favores y aquí estamos para subyugar y apreciar el maravilloso conjunto que la Patria representa y tenemos dignos de agradecer.

2) Para agradecer la vida propia de la patria; la raza y el suelo.

Gracias, Señor por nuestra 2 vida chilena, patria nuestra vida - por nuestro suelo.

2) Para agradecer la trayectoria de la patria; su historia. Gracias - Cruzquista - Colón - Independencia - Democracia.

3) Para agradecer en la historia sus hombres. Gracias, por sus estadistas, valerosos, guerreros, sacerdotes, maestros, etc.

4) Para agradecer sus tradiciones cívicas - Gracias por su democracia ejemplar que nos han legado.

5) Para agradecer sus instituciones, magistrados.

Y legisladores, jueces - obreros - del pueblo y del hogar.

6) Para agradecer sus hombres sencillos y sencillos que hacen la grande de Chile.

7) Para agradecer sus hogares, sus madres, su Caridad de misas.

8) Para agradecer sus industrias - su campo - sus minas.

9) Para agradecer de su Iglesia viridí y justicia mente a sus desarrollos. Solo los poetas. Firme en los principios - Sereno en la incertidumbre. Humilde siempre en la incertidumbre.

Pero también venimos a pedir: y pediremos 3 cosas por

Chile:

a) Justicia social en un equitativo reparto distribución de bienes. Supresión de la miseria - promoción de todos a la cultura - y a los bienes de la inteligencia.

b) Caridad que es saber comprender respetarse - ayudarse - amarse

c) Paz - por eso es un punto a perseguir por el resultado del espíritu de la 2. guerra anterior - de las alianzas - las alianzas sin orden - huelgas - huelgas - huelgas - 7 días de la justicia - al Dios del Amor - Al Dios de la Paz.

TALCA. 2º CENTENARIO DE SU FUNDACION (1)

(21-XII-1942)

Sres. Ministros de Estado, Excmo. Sr. Obispo, Sr. Presidente de la C. Sup. y Ap., Sr. Presidente de la C. de Diputados, Sr. Director Gral. de la Armada y de la Aviación, Sr. General del Ejército y Carabineros.

Doscientos años caen sobre la muy noble y muy leal ciudad de San Agustín de Talca. Doscientos años que bajo el signo de la Cruz y bajo la protección del gran Obispo de Hipona se trazan los surcos de la villa que hoy contemplamos progresista ciudad.

Doscientas primaveras han renovado sus jardines, mientras la historia sigue hilando en la rueca de sus días el poema de nuestra vida nacional. Los acontecimientos se han sucedido como páginas que se vuelven del gran libro y sobre la ciudad sigue proyectándose la figura de su Santo Protector.

La donación de cincuenta cuadras que hace dos centurias hiciera el Convento de San Agustín ha germinado en magnífica floración de cultura y de progreso. Hoy, con el corazón cargado de recuerdos del pasado y esperanzas del porvenir, la ciudad de Talca viene en esta hora a cantar ante el Señor el salmo de su reconocimiento y gratitud.

Es el día de sus glorias pretéritas en el cual se agolpan a la memoria el nombre de los hijos que en la guerra y la paz la enaltecieron. Es el día en que a través de dos siglos llegan como canción del tiempo las oraciones de las madres que acunaron sus fuertes generaciones. Es el instante en que el recuerdo se transfigura en plegaria y en el cual para decirle a esta amada ciudad todo lo que para ella anhelamos no encontramos un medio más alto que asociarla al nombre tres veces santo de Dios.

Por esto nos congregamos bajo las bóvedas del templo que como madre cobija a la ciudad nacida en su regazo. Por esto la Iglesia con el júbilo de sus himnos litúrgicos se asocia a la alegría común. Por esto también, en rápida evocación, queremos fijar el momento fugaz que pasa y a la luz del destino histórico de Chile darle a la hora grande que vive Talca, su sentido profundo de eternidad.

Tienen los pueblos dotados de propia personalidad un cauce histórico en el cual deben desarrollarse y vivir. Ahí se encuentran las raíces profundas de la nacionalidad y el secreto de su verdadera grandeza. En la medida que los individuos, corporaciones y ciudades comprenden esa misión y encauzan en ella sus actividades, interpretan y sirven el progreso eficaz de la Nación.

El cauce histórico de Chile es el de su tradición hispana unida a la de su raza aborigen que el español cantó en sus versos e incorporó a su vida, el de ese espíritu chileno que une la ruda austeridad de la montaña con la apacible benignidad del amplio valle, de ideales puros y agudo sentimiento de la realidad y en el cual dos ideas se mezclan y enlazan en íntima trabazón: la Patria y Dios.

Porque todos los ciudadanos de Talca a través de dos centurias, los de ayer y los de ahora, han contribuido a que la corriente histórica de Chile se desenvuelva en su cauce normal, porque doscientos años al servicio de

(1) *D. M.*, p. 7.

Alocución pronunciada en el "Te Deum".

esta idea prueban en la elocuencia de los hechos la sinceridad de sus palabras; porque nos sentimos íntimamente incorporados a la auténtica tradición nacional, venimos en estos instantes a agradecer a Dios el haber sido tieles al destino histórico que sus manos nos trazara y a pedirle fuerzas para seguir cumpliendo en el futuro, la misión que a Talca le corresponde llenar.

Nace Chile con el signo de la Cruz sobre su frente. En el pecho generoso de la gran madre España bebemos la civilización cristiana que monjes y guerreros, filósofos y artistas proclaman en obras inmortales.

Duermen los bosque milenarios de quillayes y canelos esperando la redención que se aproxima. Entre sus ramos cuelga el copihue (2) sus lágrimas de sangre y en sus espesuras el indio templa para la lucha sus armas primitivas.

Luz de fe rompe la noche del paganismo y en ella somos incorporados a la cultura occidental. Ha llegado España trayendo el habla sonora de Castilla y el don inapreciable de la fe. La conquista comienza, pero la conquista por la sola fuerza de las armas nunca puede ser duradera. Se necesita la fusión de los espíritus, la amalgama de los corazones, el lazo superior que una las razas y los pueblos en un destino común. Y el indio indómito y el español bravío realizan bajo el signo de la Cruz la indestructible unión. Surgen las ciudades y los pueblos en un anhelo creado de patria y fe suavizan ante la doctrina de Cristo, la rudeza de los caracteres y se hermanan ambas razas unidas en el sentimiento de un mismo Padre Común. Y el pueblo chileno aparece en la historia llevando fundida en un gran mandamiento de fraternidad la sangre de Caupolicán y del Cid.

El destino histórico de la raza chilena comienza.

Han llegado los días de la Colonia donde se moldea la fisonomía de la nación y se precisa el cauce histórico por donde éste debe desenvolverse y marchar.

Son los siglos lentos pero fecundos, como surco abierto, en los cuales se delinea el auténtico espíritu nacional. Mientras el arado rompe la tierra pacificada, se robustece en hondo espíritu cristiano la familia, célula primera de la nación, las auténticas tradiciones nacionales se forman y se estrechan en ideales eternos los lazos familiares, base de la unidad de la Patria.

Ahí beben las doncellas el pudor, los jóvenes la sana valentía, los padres su dulce firmeza y las madres su abnegación sin medida.

Ahí la mujer sabe de la belleza de la virtud y el hombre de la fuerza del deber hasta el sacrificio. Ahí forja la raza chilena sus grandes cualidades y se gestan sus glorias futuras.

Consciente de su destino histórico los fundadores de la patria invocan el nombre de Dios al colocar sus cimientos. Quieren justicia y libertad para la Nación que crean y buscan su base en la ley divina que todo lo ordena con justicia y rectitud. Ahí se basa su progreso y estabilidad. El orden sin la ley y la ley sin Dios son cosas imposibles. Al desconocerse la soberanía de Dios cada uno quiere ser en la esfera que ocupa, soberano.

El destino histórico de la nación chilena aparece trazado con razgos indelebles.

Con ese signo divino en su frente la patria naciente avanza segura hacia el porvenir. Los años grandes de la República se inician, la majestad de la ley impera, el progreso material se desarrolla, el patrimonio de la cultura se acrecienta, el anhelo ardiente de servir llena las voluntades y un hondo sentido cristiano de la vida forja como suprema energía espiritual las grandezas de la patria.

(2) Copihue: flor símbolo de la nacionalidad chilena.

Es el pasado noble de la Nación chilena.

El mismo sentido cristiano que teje el poema de la vida ciudadana da el sentido heroico a nuestra historia. Es un ideal de Dios y Patria el que anima a los soldados de la Independencia, que los conforta en las horas amargas de Cancha Rayada y Rancagua (3) y los alienta en las gloriosas de Chacabuco y Maipo. (4). Es un ideal patriótico y cristiano el que hace a nuestros héroes del Pacífico y a nuestros legendarios soldados de Yungay. (5). Es la imagen de María del Carmelo envuelta en los pliegues del pabellón querido la que anima las gestas heroicas y es la sombra del Divino Crucificado proyectándose en cada espíritu la que impulsa a ofrendar a la patria sus vidas como suprema inmolación.

Y el destino histórico que presidió el nacer de Chile, que lo acompañó en sus años creadores y que formó el alma de sus héroes sigue alentando también nuestro presente.

En ese espíritu de amplio sentido patrio Talca se congrega hoy día consciente del aporte generoso que a través de dos siglos ha prestado a la grandeza de la Nación y mientras a través de dos centurias, con íntima satisfacción su conciencia le dice haber comprendido plenamente el destino histórico de Chile y ayudado eficazmente a realizarlo, su hondo sentido nacional se abre ante el futuro para renovar una vez más su anhelo de seguir labrando por la prosperidad creciente de la Patria. Y su presencia en esta hora ante el altar de Dios tiene el acento de un himno de gracias y la solemnidad augusta de un juramento.

Mientras las sombras veneradas de Marín de Poveda, (6) Manso de Velasco (7) y Fray Luis de Caldera de la Orden de San Agustín desfilan ante nuestro recuerdo, mientras los nombres de Juan Ignacio Molina, (8) Cienfuegos, (9) Gamero (10) y Spano (11) pasan en confuso tropel, mientras vemos caer en la Iglesia parroquial las aguas bautismales sobre la frente de O'Higgins, nuestro héroe máximo, sentimos que el pecho generoso de Talca emocionado estalla en el canto de la gratitud.

"Te Deum laudamus". A ti, oh Dios, alabamos. Porque entre el mar inmenso y la montaña gigante sembrada de trigales y viñedos, engarzaste como preciosa esmeralda nuestra tierra talquina. Porque la hiciste bella con blancura de nieve en sus alturas y diáfana claridad sobre su cielo.

(3) Batallas de la lucha por la Independencia, en que los patriotas son derrotados.

(4) Batallas de la lucha por la Independencia, en que los patriotas vencen y consolidan su libertad.

(5) Batalla contra los ejércitos de Perú - Bolivia.

(6) Marín de Poveda, Tomás: Gobernador de Chile entre 1692 y 1700. Proyectó una villa en los terrenos de los Padres Agustinos, la que se concretará durante el gobierno de Manso de Velasco, al ser fundada la ciudad de San Agustín de Talca.

(7) Manzo de Velasco, José Antonio: Gobernador de Chile entre 1733 y 1745. Fundó varios centros de población, entre los cuales se encuentra San Agustín de Talca.

(8) Molina González, Juan Ignacio: Ilustre jesuita nacido en la zona de Talca. Al ser expulsados los jesuitas se radicó en Bolivia, donde murió en 1829. Destacó como sabio. Con sus bienes fundó el Liceo de Talca.

(9) Cienfuegos, Juan Ignacio: Nació en Santiago en 1762. Fue párroco de Talca. Tuvo participación activa en la Independencia Nacional. Representó a Chile ante la Santa Sede y obtuvo el envío de la Misión Muzi. Fue consagrado Obispo en 1828 y murió en Talca en 1845.

(10) Gamero, Marcos. Teniente de Ejército, que bajo las órdenes del Coronel Spano defendió heroicamente a Talca, resistiendo a los españoles, muy superiores en número, bajo las órdenes de don Ildefonso Elorriaga.

(11) Spano, Carlos: Español que se batió heroicamente en Yerbas Buenas y en la "toma de Talca" en 1814, donde murió. Se le erigió un monumento en la Plaza principal de Talca.

Porque entre el Maule legendario y el transparente Claro (12) una raza fuerte sabe luchar con heroísmo en la guerra y cantar en el trabajo el salmo fecundo de la paz. Porque herederos de la hidalguía española sabemos tender con lealtad la mano amiga y herederos de la entereza araucana, sabemos resurgir con nuevo brío de nuestros grandes dolores.

"Te Dominum confitemur". A ti oh Señor reconocemos. Es la hora del recuerdo y solamente junto a Ti lo caduco y perecedero tiene valor de eternidad. Por las generaciones pretéritas que en oscuro trabajo y sacrificio labraron la grandeza de esta tierra talquina. Por la abnegación de las madres y la pureza de las doncellas, por el candor de los niños y los nobles impulsos de la juventud. Porque has hecho, Señor, a Talca un pueblo tranquilo en sus fuerzas y elevado en sus ideales. Porque buscamos la paz en la justicia y el orden en la libertad.

Por eso, Señor, te veneramos en esta hora en que un pueblo te canta su gratitud.

Y la presencia de Talca ante el altar de Dios tiene también el significado de un juramento.

Porque ha cooperado eficazmente al cumplimiento en el pasado del destino histórico de Chile quiere con mayor energía todavía seguir trabajando en su ideal democrático del porvenir.

Con fe en sus ideales Talca mira el futuro de Chile arando en la esperanza, toma conciencia de sus responsabilidades y mide la tarca que le corresponde para ayudar a cimentar en la justicia y en la paz la nueva civilización que nace.

Y en esta hora solemne de su vida, intérprete de estos sentimientos, su Obispo con voz emocionada implora sobre ella la abundancia de gracias celestiales y eleva al Dios tres veces Santo su clamor.

Como rocío matinal en la yerba caiga, oh Señor, tu bendición sobre mi Talca amada. Sus glorias pasadas que hoy rememoran son el rico acervo que le dicen el noble derrotero que debe seguir.

Bendice sus tierras ubérrimas y sus hogares fecundos, la santidad de sus madres y la inocencia de sus niños.

Pon sobre ricos y pobres el lazo de tu caridad y haz que en verdadera unión de hermanos realicen en estas tierras una cristiana y amplia justicia social.

Bendice a nuestras autoridades que rigen sus destinos. Ellos son los representantes de la soberanía y han de ser los ejecutores de tu voluntad. Para el Primer Mandatario de la Nación y su gobierno pedimos en la hora histórica que vive la patria la abundancia de las gracias del cielo. La Iglesia no tiene más que un patrimonio: la Verdad; no tiene más que una fuerza: los principios; no tiene más que una gloria: la fidelidad a los divinos preceptos y en nombre de ellos respeta y venera la autoridad civil y adhiere a toda empresa de bien común que ella promueva.

Sobre la tierra de Talca ha brotado en este bicentenario, como un clamor nuestra plegaria. Recíbela, Señor, afirmación solemne de un pueblo que quiere permanecer fiel a su pasado y labrar con energía inquebrantable su futuro. Es la promesa solemne de una ciudad que con esperanza y dolor forja serena su grandeza bajo el amparo de su Dios.

(12) Ríos límites de la tierra araucana.

CURICO: 2º CENTENARIO DE SU FUNDACION
(IX-1943)

Muy amados hijos de Curicó:

La próxima celebración del Bicentenario de la fundación de vuestra progresista ciudad constituye un hecho que no puede pasar desapercibido para los que sinceramente anhelamos su progreso y prosperidad verdadera.

Circunstancias cuyas razones sería hoy largo explicar, me obligan a ausentarme del país alrededor de dos meses y me impedirán en consecuencia asistir personalmente a vuestras fiestas bicentenarias.

Pero aunque alejado materialmente, estaré espiritualmente a vuestro lado y esta carta que os dirijo antes de partir os dirá algo de lo que mi corazón anhela para vuestra amada ciudad.

Doscientos años van a cumplirse desde que Manso de Velasco, en nombre del Rey y bajo la protección del glorioso Patriarca San José, trazara los surcos de la naciente villa de Curicó.

Doscientas primaveras han renovado sus jardines, mientras la historia sigue bordando en la rueca de sus días el poema de nuestra vida nacional. Los acontecimientos se han sucedido como páginas que se vuelven del gran libro y sobre la ciudad sigue proyectándose la figura de su Santo Protector.

Tienen los pueblos dotados de propia personalidad un cauce histórico en el cual deben desarrollarse y vivir. Ahí se encuentran las raíces profundas de la nacionalidad y el secreto de su verdadera grandeza. En la medida que los individuos, corporaciones y ciudades comprenden esa misión y encauzan en ella sus actividades, interpretan y sirven al progreso eficaz de la Nación.

Curicó nació a la vida bajo el signo de la Cruz. Su nombre, San José de Buena Vista, sus tradiciones, su alma, las más ricas virtudes de sus hijos, se moldearon en la fragua incomparable del espíritu cristiano. Ahí sus mujeres aprendieron la delicadeza que las dignifica. Ahí los hombres supieron de la vida que es deber y no goce. Ahí, en una palabra, se encuentra la reserva más rica que explica el pasado y alienta el futuro de Curicó.

Si la fertilidad de sus campos hace de Curicó uno de los más importantes centros agrícolas e industriales del país, si la belleza de sus panoramas encanta al viajero, si la proverbial hospitalidad de sus hogares hace al que llega no sentirse extraño, hay algo que sobresale en el espíritu de Curicó y es precisamente el conjunto de virtudes nacidas de la rica savia cristiana que alimenta su historia.

Tenéis una misión que cumplir, amados hijos de Curicó, y es la de intensificar ese espíritu para derramarlo generoso por toda nuestra patria. En los momentos inciertos que la humanidad vive, aparece como signo supremo de esperanza para el mundo nuevo que nace, la vuelta total e íntegra al espíritu de Cristo.

La Iglesia Católica que meció la cuna de San José de Curicó, que formó su alma, que la ha acompañado en todas sus horas, mezclándose a la trama más íntima de su historia, la acompaña también gozosa a su segundo centenario. La iniciación de los trabajos de seguridad y refacción de la Parroquia Matriz que ya pronto comenzarán, la inauguración de la población obrera Mercedes Mardones que esperamos realizar en el próximo mes de

noviembre, la traslación de la Parroquia del Rosario, que con tanto amor fundamos hace tres años a su nueva sede, serán obras duraderas y de progreso con que la Iglesia se asociará a la gran fecha que Curicó celebra.

La Iglesia una vez más quiere decir que Ella está al servicio de todos sus hijos. Colocada sobre todo lo que divide a los hombres, más allá de las separaciones que las diferencias sociales o políticas establecen, sólo anhela unir a todos sus ciudadanos en los dos sublimes ideales que engrandecen a los pueblos y dan a los hombres el verdadero sentido de la vida: Dios y la Patria.

El día de vuestras Fiestas Centenarias, mientras repican alegres las campanas de los templos, vuestro Obispo a través de la distancia, trazará sobre vosotros el signo de la Cruz, pidiendo por intercesión de vuestro celestial patrono San José que la bendición de Dios caiga copiosa sobre Curicó y sus habitantes y les otorgue la paz en la justicia social y la unión en el amor fraterno.

—:::—

PLEGARIA POR LA PATRIA (18-IX-1945)

Una vez más en el correr del tiempo la Patria nos congrega ante el altar del Señor. Una vez más oímos llegar del fondo de la historia una canción que nos habla de las gestas heroicas que nos dieron patria, de los hombres egregios que forjaron Chile, de la trayectoria de un pueblo que comprendió su destino y de la mano amorosa de la Providencia que lo ha conducido por sendas de esfuerzo y de prosperidad.

Y al escuchar esa voz que nos habla con ecos lejanos y presentes, con ayes de angustia y sonos de esperanza, con visiones gloriosas de pasado y expectativas risueñas de porvenir, un llamado preciso se formula, en esta hora difícil que vivimos, para decirnos cuáles son nuestros deberes de hoy para con la patria y con qué decisión y energía debemos responder a ellos.

La Patria es una realidad magnífica que Dios nos ha otorgado para realizar en ella nuestro destino eterno y universal. Tierra e historia, combates y trabajos, días de angustia y horas de dicha, tradiciones pretéritas y proyectos futuros, generaciones pasadas y venideras, forman su trama unificada en la propia fisonomía que cada pueblo posee y en el cumplimiento de la misión histórica que por divina voluntad le ha cabido cumplir.

Tres elementos forman la patria: su espíritu, su pueblo y su historia. Y para cada uno de ellos tenemos un deber.

Las patrias no se forman por una mera agrupación territorial; tienen un alma que les anima, porque la patria es ante todo espíritu y Chile tiene el suyo inconfundible. Es el que forma sus primeras generaciones y edifica sus ciudades. El que funde en una raza la bravia araucana con la hidalguía española. El que abre universidades y escuelas, moldea sus hogares e imprime su sello inconfundible a la nación. Es el espíritu, que atravesando mares, viene expresando en la Cruz que Colón clava en la primera tierra

americana que descubre y que deposita sobre ellas como el más rico presente que el genio y la fe unidos pudieron jamás ofrendar.

El alma de Chile radica en su espíritu cristiano que da el temple de mártir a sus héroes, el pudor a sus doncellas, la abnegación a sus madres, la fuente riquísima de virtudes privadas y cívicas a sus hombres, y el germen más precioso y fecundo de elevación a sus generaciones.

Conservar ese acervo espiritual y enriquecerlo es hacer obra grande de patria y reforzar los simientos de una auténtica chilenidad.

La patria son también sus hombres, su pueblo. El que silenciosamente en el taller y en el campo, en las minas o en la industria, en la profesión o el oficio labora su grandeza. Y ese pueblo necesita educación, pan y justicia.

Educación, (que es algo más que darle unos cuantos conocimientos) que es formar su voluntad en el bien dentro de las normas eternas de la ley moral dictada por Dios a los hombres, que es educar sus vidas en el deber que de esa misma ley arranca, que es sembrar en sus mentes las ideas sanas y positivas que orientan la existencia, que es enseñarle a mirar la vida a través de un ideal grande y elevado que la ennoblezca y dignifique; educación que en una palabra es arrancar del espíritu humano el germen divino que el Creador ha puesto en ellos.

Pan porque ese pueblo necesita al mismo tiempo elevarse materialmente, robustecer sus cuerpos que forman la raza pujante, poseer una habitación digna donde la palabra hogar pueda tener sentido, mirar sin incertidumbres el porvenir que le asegure la subsistencia de sus hijos.

Ese pan cotidiano que el Maestro enseñó imploráramos cada día al Padre de los cielos y por cuya distribución equitativa tanto ha luchado la Iglesia Católica a través de los siglos.

Justicia porque la paz, tanto social como internacional, es sólo fruto de la justicia animada de cristiana caridad.

Justicia Social que los pontífices reivindican, la que distribuye armoniosamente los bienes, la que quita los odios y allana los espíritus a la concordia, la que hace que los hombres puedan trabajar como hermanos en la consecución del bien común.

Amar la patria es amar al pueblo que la forma y cumplir para con él esta trilogía de educación, pan y justicia, que condensa sus más vitales y apremiantes problemas.

La patria es su historia. La de ayer y la de hoy. Es el cauce por donde la Providencia la ha conducido en el pasado y habrá de orientarla en el porvenir. La historia de la patria son sus batallas heroicas en la guerra y sus jornadas serenas en la paz. Son sus soldados y estadistas, sus industrias y sus letras, el cerebro y el músculo, el espíritu y la materia en plena actividad. La Historia de un pueblo son sus costumbres hogareñas, sus tradiciones locales, sus hogares fecundos, es todo aquello que brota del seno mismo de una nación.

Amar la historia patria es respetar su pasado y no clavar en él la demoledora crítica de la negación; es amar su presente teniendo fe en las virtudes de sus hijos y esperanza optimista en sus destinos; es amar su futuro que debemos sentirlo en nuestras manos como siente el alfarero entre las suyas el vaso que debe modelar.

Y porque así amamos la patria, en su espíritu, en su pueblo y en su historia, pedimos en este día para Ella las ricas bendiciones del Señor.

Sobre este Chile que Tú amas, derrama, oh Dios de las bondades, tu ubérrima bendición.

Conserva en las almas de tus hijos el espíritu cristiano con que nuestras madres nos acunaron. Da a su pueblo la verdad que hace libres, el pan que sostiene, la justicia que pacifica y la caridad que une.

Los Padres de la Patria invocando tu nombre instituyeron esta democracia chilena y nosotros invocando tu mismo nombre santo queremos trabajar para que plenamente se continúe en su genuino concepto y ser entre sus hermanos de las América lazo de unión y de hermandad.



PLEGARIA POR LA PATRIA
TE DEUM
(18-IX-1946)

Una vez más en el curso de la historia la Patria eleva su plegaria ante el altar de Dios.

Y tiene su voz en estos instantes el acento emocionado del recuerdo, el hondo estremecimiento de la gratitud y el vibrante son de la esperanza.

La patria mira al pasado y recuerda. Las figuras ejemplares de sus próceres, las gestas inmortales de sus héroes, la serena visión de sus estadistas y el intrépido valor de sus soldados se mezclan y entrelazan con el trabajo viril de sus obreros, la ternura infinita de sus madres, los generosos bríos de sus jóvenes y la gracia gentil de sus doncellas, para darnos ese algo grande que sentimos y palpamos a cada instante y que hoy llega a nosotros con renovada fuerza y emoción: el sentimiento de nuestra chilenidad.

La historia de un pueblo no es sucesión inconexa de hechos aislados y dispares, es la realización en el tiempo de una vocación eterna, la ejecución humana de un plan divino, la misteriosa y real conjunción de la actividad del hombre y la providencia de Dios.

Y nuestra historia, tejida de triunfos y dolores, de esfuerzos y trabajos, de ideales puros y amargas realidades nos entrega en forma más viva en este día la conciencia de nuestra chilenidad.

Viene en ella el recuerdo de España, que nos engarza a la cultura cristiana y de Arauco, que nos entronca con la fuerza de los pueblos aborígenes de la Colonia, surco fecundo donde se gesta nuestra raza chilena y la Independencia donde en sudor y sangre se define nuestra personalidad nacional, de la República donde una democracia firme hincó sus raíces y del sentir americano que nos estrecha y asocia a la comunidad continental.

Y hay en esa conciencia de chilenidad la serena quietud del valle costino, el ritmo de actividad febril de nuestra ciudades, la madurez dorada de nuestros trigos y el áspero esfuerzo de nuestra pampa calichera. Hay en ella cantar de aves mañaneras y batir trepidante de motores, hay elevarse de álamos que se recortan contra el alto perfil cordillerano y negros penachos de humo de la usina gigante, hay canción de madres que acunan el futuro de Chile y rondas de niños que ríen y corren bajo el azul de nuestro cielo.

Pero hay sobre todo el alma de la Patria. El hondo cauce de su vocación histórica. La alta cima de su destino eterno.

Y esa alma que impulsa su progreso son sus virtudes morales, sin las cuales sería imposible comprender su fisonomía e interpretar su rostro.

Porque esas virtudes tienen su honda raíz en el mensaje evangélico y son la expresión de su alma cristiana, porque ellas dan a la raza el rico acervo de su energía moral y constituyen el más precioso legado de su historia, hoy hemos venido a recordarlas junto al altar del Dios de las naciones.

Y hemos venido también a agradecer.

Así como las Patrias tienen su alma, también ellas poseen su voz, sonora como el torrente de muchas aguas.

Voz de la gratitud que no olvida al Creador por los beneficios recibidos.

Voz en que se expresa el agradecimiento por la independencia alcanzada.

Voz que reconoce que sobre el destino histórico de Chile y de sus hijos, sobre las cualidades magníficas de la raza, sobre el sentido democrático de nuestras instituciones y sobre el temple de nuestro espíritu, está la mano de Dios providente que nos conduce, el aliento vivificador de Cristo que nos anima y la sombra maternal de María del Carmelo que nos cobija.

Por eso las notas del Te Deum se elevan hoy bajo las bóvedas de nuestras grandes Catedrales o rústicas capillas, por eso entre el vibrar de músicas marciales y el batirse a los vientos de nuestra enseña, el himno de la gratitud al Señor brota potente y hay en su acento adoración humilde, reconocimiento rendido y filial amor al Padre de la misericordia, que a través de incertidumbres y dolores guía a la Patria a su inmortal destino.

Nuestra plegaria tiene el potente vibrar de la esperanza.

Chile se enfrenta con la realidad de América y del mundo.

Sabe que un nuevo orden, aún confuso, brota de la gran tragedia.

Que una forma más perfecta de la Democracia que llegue hasta el campo económico, se impone.

Que la clase proletaria ha de ser redimida.

Y que esta desproletarización no debe tanto ser hecha para los obreros, como por los obreros mismos.

Que el trabajo ha de volver a ocupar su puesto rector en la economía y el trabajador su dignidad de hombre.

Sabe que es necesario establecer sobre las injusticias de un orden económico y social que muere, la justicia de un nuevo orden que se levanta; sobre los odios de doctrinas, la caridad que une; sobre el egoísmo de un individualismo yerto, la solidaridad social de sentirnos hermanos; sobre una economía inhumana o materialista, un orden basado en el respeto a la eminente dignidad de la persona; sobre la disgregación atomística de la sociedad, el concepto orgánico de la misma; sobre la concepción materialista de la historia y de la vida, el hondo sentir humano y divino de la buena nueva de Cristo.

Chile se enfrenta al porvenir como siempre lo ha hecho, con sentido de su pasado, con conciencia de su misión presente y con amplio miraje (1) de su futuro.

Y por esto nuestra plegaria tiene vibrar de esperanza.

Porque sabemos que sobre las divisiones superficiales que separan, está el hondo sentido nacional que nos estrecha y sobre las pasiones pequeñas, los grandes ideales comunes que nos empujan. Porque sentimos, que aunque modesta, Dios quiso dar a esta tierra una vocación magnífica en la

(1) "Miraje": galicismo para significar "espejismo".

comunidad americana y una conciencia democrática difícilmente igualada en nuestro Continente. Porque cada etapa de su vida que corre aparece como el desgranarse de un poema de virtudes privadas y cívicas y cada encrucijada de su historia un avanzar seguro hacia su meta suprema. Porque el espíritu cristiano de nuestra Patria aflora consciente o inconscientemente en sus más delicadas expresiones. Porque hallamos, señores, sobre esta tierra, las huellas luminosas del caminar de Cristo en ella, hoy nuestra plegaria tiene el potente vibrar de la esperanza.

Y en ese triple sentimiento de recuerdo del pasado, de gratitud del presente y de esperanza del futuro, alzamos nuestras manos para bendecir en nombre de Dios, las estatuas de estos dos grandes servidores de la Patria que supieron emprender y realizar la vocación espiritual de nuestro Chile.

————— : O : —————

ENTREGA DEL SANTUARIO O'HIGGINS (1) (18-IX-1948)

Hay dos momentos supremos en la existencia del cristiano: su nacimiento a la gracia en el Bautismo y su nacimiento a la eternidad en la muerte.

El primero lo injerta en la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo, para darle como guía la Fe, como aliento la Esperanza y como motor la Caridad. El segundo transforma la Fe en visión, la Esperanza en posesión y la Caridad en amor inextinguible.

Estos dos grandes instantes del Padre de nuestra nacionalidad, Bernardo O'Higgins, quedarán para siempre perpetuados en el Santuario que hoy se inaugura y que conservará el acta de su Bautismo verificada en esta Parroquia de Talca y el crucifijo que sus manos moribundas estrecharon en Lima, al partir de esta vida.

No sin emoción recibo, de mano del Ejército de Chile y del Rotary Club, el obsequio de este nicho que unirá en forma visible la Catedral en construcción con el recuerdo de nuestro héroe máximo.

Aquí quedarán guardados como en un santuario para las generaciones venideras.

Aquí sentiremos que su memoria nos entronca a nuestra epopeya nacional.

Aquí su recuerdo nos dictará la perenne lección del amor patrio.

Aquí revivirá Talca los lazos tan íntimos que la unen con O'Higgins.

Cada vez que llegemos hasta este Santuario, la voz austera del Padre de la Patria nos recordará la belleza de una vida consagrada e inmolada a la grandeza de Chile.

Y el acta de su Bautismo nos dirá cuál era la fuente de su energía heroica y el Santo Crucifijo nos entregará el secreto de su total inmolación.

Señor Coronel; Señor Alcalde: bajo las bóvedas de este Templo, amplias y elevadas como el pensamiento y la caridad que los inspira, quedará por vuestra iniciativa el Santuario de O'Higgins.

Yo lo recibo con emocionada gratitud sintiendo que aquí palpitará siempre, en una sola vibración, el corazón de la ciudadanía talquina.

(1) Publicado en *D. L. M.*, 23-IX-1948, p. 5.

P L E G A R I A P O R L A P A T R I A (1)
T E D E U M
(17-IX-1954)

Mañana sábado 18, fiesta de la Independencia Nacional se recuerda a todos los católicos que la forma más cristiana de celebrar este aniversario es orando por la patria.

A las 10,30 A. M. tendrá lugar en la Catedral el tradicional Te-Deum de acción de gracia, con asistencia de las autoridades locales.

Deseamos que el mayor número posible de fieles uniéndose a esta plegaria oficial, agradezca al Señor los favores recibidos e implore las gracias espirituales y materiales que Chile necesita.

Ese mismo día 18, a las 8,30 A. M. se celebrará en la Parroquia de El Sagrario una Santa Misa para rogar por Chile. Se invita a comulgar en ella a los fieles y, muy especialmente, a los hombres católicos.

Quiera el Señor, por intercesión de la Virgen Sma. del Carmen, apartar de nuestra Patria los peligros que la amenazan y derramar sobre sus autoridades, y todos los chilenos sus más copiosas gracias y bendiciones,

(1) *D. M.*, p. 3.

.....

150 AÑOS DE LA INDEPENDENCIA DE CHILE (1)
(22-IX-1960)

La Patria avanza hacia el altar de Dios.

Un gran silencio de meditación se extiende en estos instantes sobre Chile.

Cesan las músicas marciales, las tonadas "dieciocheras" y el repicar de las campanas y un rumor de plegarias se levanta de Arica a Magallanes, como el gran salmo de la Patria que ora.

Ciento cincuenta años de vida libre e independiente la preceden. Hay en ellos como el bullir de colmena laboriosa de un pueblo que busca su definitivo destino.

Hay alaridos de batalla y palmotear de cueca. Gritos de niños que juegan y suspiros de madre que vela la cuna de sus hijos.

Hay tensión de músculo que arranca al suelo sus riquezas e intensidad de pensamiento que elabora las grandes ideas. Hay las horas de la esperanza, diáfanas como el firmamento azul que nos cobija y "el cansancio del cielo de estaño" que nuestra inmortal Gabriela cantara. (2).

(1) *D. L. M.*, p. 3. La oración patriótica fue el 18-IX, pero su publicación en este diario fue el 22-IX. También fue publicada en *La Voz*, el 2-X-1960, p. 16: de aquí tomamos los subtítulos.

(2) Gabriela Mistral, Premio Nobel de Literatura.

La Patria chilena avanza precedida de ciento cincuenta años de libertad.

Lo que fuera en 1810 el grito turbulento del mozo que quiere romper amarras para salir al ancho camino de la vida, se convierte lentamente, a través de estos años, en madurez y responsabilidad.

Y en el silencio de esta hora en que la Patria se enfrenta con Dios, nuestra oración es recuerdo, meditación y consigna.

Es el enraizarse en la auténtica tradición chilena para beber el zumo de su historia. Es detenerse ante el presente para meditar en los imperativos que el momento actual nos exige.

Es tender la mirada hacia el futuro, para avizorar la misión que a Chile corresponde en el mundo nuevo que nace.

Recuerdo que es estímulo, meditación que es voluntad de actuar, consigna que es entrega sacrificada de nuestra vida al bien de la comunidad chilena.

Aquí está Chile con su "loca geografía" (3) que el Creador le otorgó.

Es la "terra Patrum", la tierra de los antepasados, en cuyas retinas se grabaron los mismos paisajes que los hombres de hoy contemplamos.

La de los desiertos ilimitados del Norte, duros y salobres como el caliche que encierran. La tierra fragante a menta y yerba buena de nuestro valle central. La tierra ubrosa de nuestro Sur, cuajada de bosques y copihues.

La de nuestras islas lejanas y de nuestro mar austral, la de las cordilleras empinadas que desafían al cielo, de las llanuras sonrientes que hacen amable la vida, de los farellones intrépidos donde el Pacífico se quiebra, y de la Antártica helada donde el mundo termina.

I.— *Aquí nos colocó el Señor*

Aquí nos colocó el Señor para que compusiéramos a través del tiempo, el capítulo de la historia del mundo, que la humanidad debe escribir.

Y aunque a veces esta tierra se conmueve en convulsiones mortales, se desplomen sus montes y se derrumben sus ciudades, nosotros nos apegamos aún más a ella, pues en su estremecimiento la sentimos más madre y en sus desgarramientos más nuestra.

El pasado es recuerdo que estimula a la acción.

Ante el altar de Dios, como desde una empinada cima, contemplamos la historia de nuestra nacionalidad.

Héroes y magistrados, estadistas, maestros y sacerdotes, el minero y el huaso; el nortino y el sureño; el trepidar de las fábricas y la canción de cuna de las madres; la tonada; el rodeo bullanguero de nuestros campos y el rosario devoto de nuestros hogares, toda esa mezcla maravillosa donde se confunden y amalgaman los encontrados y diversos sentimientos de un pueblo: eso es nuestra historia.

"Yo se un himno gigante y extraño que anuncia en la noche del alma una aurora", podemos repetir con el poeta hispánico, y ese himno que no ha sido escrito en letras, sino en vidas, no en papel sino en sangre, no en estrofas cadenciosas, sino en lágrimas y risas, gritos y plegarias, suspiros y sollozos, es la historia patria de ciento cincuenta años; el himno que brota de las honduras de la chilenidad.

(3) Alusión a la obra *Chile una loca geografía*, de Benjamín Subercaseaux.

Hoy recordamos ese pasado. Y al revivirlo, nos interroga y examina.

Si miramos estos ciento cincuenta años, no es para refugiarnos en un rincón sentimental de añoranza de los viejos tiempos idos. Ni para evocar románticamente un pasado, desoyendo los imperativos de la hora presente.

Es para escuchar la lección de la historia y preguntarnos si somos capaces de continuar la gesta que otrora se iniciara.

Si la vida personal, al decir de la filosofía, es un movimiento continuo e immanente, también lo es la vida de los pueblos.

Las naciones prosperan mientras saben ser fieles al impulso inicial que las creara. El progreso de su decadencia es la infidelidad al impulso creador.

Y ante los chilenos de este 1960, autoridades y pueblo, se yergue esa historia para formularnos su severo interrogatorio: ¿hemos sabido continuarla? ¿hemos guardado el sentido noble y austero de los forjadores de la nacionalidad? ¿hemos mantenido el estilo heroico de los que esperaron contra la esperanza misma? ¿hemos hecho de esa historia rica y grande tan sólo un museo de curiosidades pretéritas, que de cuando en cuando se visita, en vez de una escuela donde se contempla correr la patria por el cauce providencial que Dios le ha trazado y donde se aprenden las ideas y virtudes matrices que mecieron su cuna?

II.— *¿Sabemos continuar la historia?*

Ante ese tribunal de la historia, los hombres de hoy, ¿nos encontramos dignos de los de ayer? ¿Sentimos que una voluntad de crear llenó sus vidas, una determinación irrevocable de darlo todo animó sus empresas y que sus audacias y desvelos fueron la realización de un gran sueño que se llamaba Chile?

Por eso han callado por unos minutos las fanfarrias, para que en el silencio del templo, y ante el Señor de las Naciones, miremos la historia y ante su severa luz respondamos si sabemos o no continuarla.

Sólo son dignos de vivir los pueblos que del pasado sacan ejecutorias de presente y miran en la historia de ayer la línea ininterrumpida que es necesario prolongar en el hoy y en el mañana.

Este sesquicentenario que el Señor quiso celebráramos con lágrimas de dolor que aún no se secan, es un examen estricto que no podemos rehuir: ¿enterraremos la historia en unas cuantas frases comunes, y en gestos sensibleros que pretenden esconder nuestra impotencia o seremos capaces de recibirla y estrecharla para ser los herederos de la empresa que ellos iniciaron y soñaron y que se llamaba Chile?

Para eso es necesario colocarse de frente al presente, en una serena y firme posición de actuar.

Si un pueblo que corta el hilo de su historia pierde la savia vital que lo nutre, igualmente perece si se pone de espaldas al instante providencial en que vive.

Hoy vive el mundo de sus momentos estelares.

Hoy se acerca a una de las grandes encrucijadas de la historia. Ignorarlo sería ceguera, y desconocerlo, suicidio. Todas las señales están dadas que una civilización muere y otra se inicia.

Para ese instante, dos deberes se imponen: salvar los valores fundamentales de una civilización humana: dignidad de la persona, santidad de la familia, preeminencia del bien común sobre el individual y al mismo tiempo respuesta valiente a las ansias incontenibles que hoy sacuden a los

pueblos. Ellas son anhelo de mayor solidaridad, de mejor distribución de los bienes, de preeminencia de lo humano sobre lo económico y técnico; de una amplia y sólida justicia social.

Tan sólo en el imperio de estos ideales podrá edificarse una verdadera paz.

III.— *Cuando vivimos el Evangelio*

Es necesario comprender y realizar que la única acción salvadora consiste no tanto en defender cuanto en promover y orientar las inquietudes de nuestros pueblos.

Afirmar con valentía cristiana, que las doctrinas que hoy amenazan la libertad del hombre y las naciones no serán vencidas por la fuerza de las armas, o por medidas policiales, sino por la plena e íntegra restitución de los valores cristianos.

Nuestro deber de hoy para con Chile nos exige la defensa de la persona humana, la instauración de una economía orientada no hacia el lucro, sino hacia la satisfacción de las necesidades de todos los hombres, el respeto a la dignidad del trabajo en su hondo sentido humano y sobrenatural, la conciencia aguda de que no vivimos el Evangelio mientras no rodeemos al trabajo del obrero y del empleado de la consideración que merecen, la visión cristiana de una civilización orientada no hacia el "tener más", sino hacia el "ser más".

Mientras los dos materialismos que hoy dividen al mundo no se superen en una concepción humana y cristiana del hombre, del trabajo, de la economía y del orden social, nuestra misión no estará cumplida.

La Patria nos exige en este instante de su vida esta contribución. Ella significa sacrificio.

Tan sólo en la inmolación de nuestro egoísmo personal, de situación, dinero o clase, podremos realizar la tarea común que Chile exige en la hora presente.

Y únicamente así construiremos el porvenir.

Hoy, ante el altar de Dios miramos el pasado que es historia, el presente que es deber, y nos enfrentamos al futuro que es imperativo común frente a un horizonte ilimitado y vasto.

Mientras la humanidad corre febril, no podemos detener el paso, porque los pueblos que se quedan a la zaga en los grandes movimientos de la historia, están destinados a perecer.

Mirar hacia el pasado y escuchar su lección, sentir y vibrar con la inquietud del presente y de este modo construir el futuro, es sentir a Chile y nuestros deberes hacia él.

Porque sabemos que la felicidad de un pueblo no la realiza la dicha de unos pocos frente a la desventura de los muchos, sino la felicidad de todos y cada uno de sus hijos, elevamos en esta hora a Dios nuestra plegaria.

Porque aliente esta felicidad en todos los chilenos. Porque haya sonrisa en los labios infantiles. Porque no haya rostros macilentos. Porque no haya rictus de odio en los labios de los adolescentes. Porque las manos se extiendan abiertas en un gesto grande de solidaridad, de hermandad, de fraternidad, de esa que Cristo vino a traer a la tierra cuando nos dijo que uno es el Padre de todos los hombres, que hace caer su lluvia sobre los buenos y los malos y hace lucir su sol sobre todas las clases.

Ese Padre común que todos invocamos; ese Dios de los cielos que lo sentimos Padre porque nos ha dado a su Hijo Unigénito, y porque en Cristo nos ha dado todos los bienes y toda la fuerza para que el Dios hecho Hombre enseñara a los hombres a volver a Dios.

IV.— *El alma de la Patria*

Aquí está la Patria, Señor, con su alma. La Patria que reza. La que eleva al Señor su plegaria. La que sabe que la grandeza no está tanto en el progreso material sino sobre todo en el progreso moral. La que siente que las grandes crisis que pueden amenazarla no son solamente las crisis económico-sociales, sino también las crisis morales.

Aquí está la Patria que dice al Señor su gratitud. La que mira allá en la lejanía la figura blanca y sonriente de María del Carmelo. La que sonrió en nuestros hogares y forjó la santidad de nuestras madres. La que hizo la pureza de las doncellas y la sonrisa y mirar transparente de los niños.

Aquí está Ella, María del Carmelo, velando sobre la Patria. Y llevándola hacia Cristo Nuestro Señor, el Dios que vino con sus brazos extendidos a hacernos a todos hermanos. El que nos enseñó a perdonar y a amar. El que nos dio sobre todo, la grande y suprema ley sin la cual no se puede comprender ni su Evangelio ni su mensaje: la Caridad. "Amaos los unos a los otros". (4). Cuando este amor de Cristo viva en los corazones, será una realidad y no una palabra hueca en nuestros labios. Cuando los problemas públicos y privados se resuelvan no a la luz de prepotencias o codicias, sino en la ley fundamental del Evangelio. Cuando ese amor de Cristo impulse nuestras empresas, entonces, Señor, sabremos que la Patria está realizando el plan salvador que Tú mismo trazaste.

En esta cita de la Patria con Dios, el "Te Deum" será en nuestros labios murmullo de súplica, grito del alma, afirmación de nuestra vocación cristiana y cantar emocionado de la gratitud.

Que aquí sepamos mirar con limpidez el pasado y hacernos dignos de su herencia.

Que sepamos afirmar el presente e inmolar al deber ciudadano nuestros egoísmos individuales y nuestras pasioncillas menudas. Que podamos empinarnos sobre las cosas pequeñas del momento, y contemplar los destinos eterno de ese Chile, que hace 150 años Dios quiso libre para bien de América en el pasado, y que hoy quiere espiritualmente grande para bien del mundo en el porvenir.



(4) *Jn.* 13, 34.

PERSONAS SIGNIFICATIVAS

CARLOS WALKER MARTINEZ
CENTENARIO DE SU NACIMIENTO
(5-XII-1942)

Amados fieles:

Es siempre difícil y delicado para el sacerdote el hablar sobre una figura de la política activa del país, pues pudiera darse a sus palabras un sentido partidista que jamás debe anidar entre sus labios, pero cuando esa figura rebalsa los límites de un determinado partido para convertirse en algo de relieve nacional y, sobre todo, cuando sobre el político resplandece el cristiano con todas sus energías puestas al servicio de la fe, entonces es justo que la Iglesia, colocándose en aquella altura en donde las pasiones desaparecen, rinda junto con la Patria público homenaje al hijo preclaro y al ciudadano excelso cuya figura el tiempo no ha logrado aminorar.

El gran poeta de la latinidad clásica exigía un monumento más perenne que el bronce, "a exigi monumentum paererennius". Carlos Walker Martínez, vive al través de los años más que en los documentos de la historia o en la estatuas de nuestras plazas, en el corazón de todos los que han comprendido la luminosa trayectoria de su vida. Digno monumento al que se dio todo por su ideal.

Por esto al cumplirse el primer centenario de su nacimiento se recuerda su memoria, se medita en sus ejemplos y se recibe el precioso acervo de sus virtudes como un llamado a vivir los dos ideales que animaron su existencia: su fe católica y su Patria chilena, que expresara en sus cálidas estrofas:

Yo venero la ley de mi creencia
y adoro el libre y patrio pabellón.
Rindo al dogma mi fe y mi inteligencia
y a mi patria mi brazo y corazón.

Permitidme, pues, señores, que en esta sencilla evocación del gran cristiano que hoy recordamos os hable del creyente y del patriota y saque de la contemplación de su recia personalidad las lecciones que más allá de la muerte sigue dándonos.

Si quisiéramos resumir en una idea el sentido de la múltiple actividad de Don Carlos Walker Martínez, tenemos que encontrar la raíz en su ardiente y profunda fe cristiana. En él se realizaba en forma acabada lo que Balmes (2) escribió en la página final de su *Criterio*.

"El entendimiento sometido a la verdad; la voluntad sometida a la moral; las pasiones sometidas al entendimiento y a la voluntad y todo ilustrado, dirigido, elevado por la religión; he aquí el hombre completo, el hombre por excelencia. En él la razón da la luz, la imaginación pinta, el corazón vivifica, la religión diviniza".

Había en sus convicciones una pureza e integridad admirables. El Cristianismo significaba para él no una simple fórmula para determinados momentos, sino toda una actitud ante la vida.

(2) Balmes, Jaime Sacerdote español del siglo XIX, escritor de numerosas obras filosóficas.

Comprendía que la única posición integralmente cristiana es aceptar sin reticencia todos los dogmas, enseñanzas y tradiciones de la Iglesia llevándolas a la práctica hasta sus últimas consecuencias, no atenuándolas ante una falsa prudencia humana ni disminuyéndolas ante mezquinos compromisos.

Intimamente penetrado de que el Catolicismo es la verdad y la Iglesia obra divina, guardaba hacia Ella todo el respeto profundo que brotaba de su fe. El magisterio de la Iglesia expresado por las enseñanzas del Papa y los Obispos era su suprema línea de conducta, aunque a veces su aceptación significase renunciamiento a sus personales opiniones. Y en la enseñanza de ese magisterio, el gran cristiano reverenciaba humilde la palabra eterna de Cristo recordando que "el Espíritu Santo puso a los Obispos a regir la Iglesia de Dios". (3).

Si alguna vez puede aplicarse con propiedad la palabra del Apóstol de que "el Justo vive de la Fe", (4) ciertamente es en el caso de Walker Martínez. Era ante todo y sobre todo un hombre de fe; tal fue la característica de su fisonomía y de su vida y al mismo tiempo el fundamento magnífico de la grandeza de su espíritu, la raíz profunda que le dio savia generosa a todo su ser y a su actividad.

Con cuánta verdad pudo cantar en sus estrofas:
Juro ante Chile, el suelo de mi hogar
Morir con esa fe pura y ardiente
y por mi patria con honor luchar.

De esa convicción profunda brotaba su invariable actitud ante la vida. El comprendía que la primera posición del católico ante el mundo es darle una respuesta que brote plena y directamente de su fe. Sólo así puede ser escuchado. El cristiano según la propia expresión de Cristo es un "Testigo"; el que con su vivir da testimonio de la fe que profesa y de la vida divina que alienta en él. Únicamente en esta forma merece ser creído. El sabía que hablar de la defensa del orden social cristiano sin ser primeramente de corazón y de vida cristiano es un absurdo de dolorosas consecuencias.

El gran creyente, cuyo aniversario conmemoramos, sintió hondo la idea de que no es con barnices superficiales con lo que va a curarse una civilización que muere por falta de espíritu, sino inyectándole una savia de profundo cristianismo, tratando de realizar primariamente el "Buscad ante todo el reino de Dios y su justicia", (5) que Cristo anunciara en su Evangelio.

Podemos decir con razón que Walker Martínez fue un precursor de la Acción Católica.

Lo que la Jerarquía, años más tarde, dijera: que la acción cívica debe ser el corolario de una sólida formación cristiana, él ya lo había cumplido en sí mismo, y el dedicar sus primeros años juveniles al cultivo intenso de su mente y de su espíritu le permitieron actuar más tarde con aquella eficiencia que una acción política prematura suele tan frecuentemente malograr.

Con razón en sus funerales su penegirista pudo decir: "El sacerdote no puede dedicarse a mil ramas de la Acción Católica, si los fieles no le prestan su concurso. Es alta gloria cooperar a tan nobles fines, siempre acatando los fueros privativos de la autoridad, sin inmiscuirse en lo que le es propio. El señor Walker coadyuvó siempre al celo de los Obispos, en beneficio de la fe y de las costumbres". (6).

(3) *Hch.* 20, 28.

(4) *Hb.* 10, 38.

(5) *Mt.* 6, 33.

(6) Pbro. Esteban Muñoz.

Walker era el hombre que en todos los problemas afirmaba la primacía de lo espiritual, orientando siempre su solución en las líneas esenciales del cristianismo en aquella búsqueda de la justicia que el Maestro señalara como primera condición de su reinado.

Esta visión profundamente cristiana de los problemas hacía que él no temiera a las reformas que la aplicación integral de las doctrinas de la Iglesia trae consigo, pues bien comprendía que la civilización actual dista mucho de ser auténticamente cristiana. Walker Martínez como todo hombre de pensamiento, distinguía en forma clara la tradición y la rutina, tierra indispensable la primera, de efectivo progreso; rémora inaceptable la segunda de verdadera prosperidad.

El hombre de visión ha de precisar dónde la tradición termina y la rutina empieza para no defender a ésta en nombre de aquélla, ni creer amenazada la tradición por formas que el tiempo hace indispensables.

La palabra evangélica ha tenido siempre un sentido de renovación que el hombre auténticamente cristiano no debe jamás apagar en su pecho, ya que no en vano el Maestro compara al reino de los cielos con la levadura que hace fermentar toda la masa.

El católico ha de saber verter el vino viejo en odres nuevos, aplicando a los problemas de su tiempo los eternos principios de la Iglesia. En este sentido, don Carlos Walker Martínez representa dentro del campo católico de su época un factor preponderante de renovación. El pudo repetir constantemente con su palabra y con su vida el grito de un alma gemela de la suya, el Conde Alberto de Mun. (7). "Adelante... hacia el porvenir".

Y esta concepción cristiana de la vida lo acompañó en todas sus actividades. Si actuó en política fue para poder servir mejor en ella a las libertades de la Iglesia amenazadas y su acción en este campo no fue la búsqueda de mezquinos intereses sino la expresión de la ardiente fe que lo animaba.

¡Con cuánta razón la Iglesia al recordar al cristiano la obligación del deber cívico pone como condición previa la recta formación de la conciencia en las filas de la Acción Católica y cuán graves males pueden seguirse cuando este requisito indispensable no se cumple!

Su inspiración profundamente cristiana lo hizo amar los grandes ideales cívicos que tienen su raíz en el Evangelio: la libertad, la democracia. Los amó no con vanas declaraciones retóricas sino con hechos y sacrificios. La bien entendida libertad, la democracia basada en las doctrinas de la Iglesia que el gran León XIII acababa en esos instantes de recordar al mundo, eran las causas que en el orden cívico movían a este ardiente luchador.

Siendo el político católico más destacado de su época, no olvidó jamás el que la Iglesia queda fuera y sobre la política de partidos y que las actuaciones del cristiano en este campo no pueden comprometer a la Iglesia a la cual no representa.

Este profundo sentido católico le daba una visión amplia y serena de los hombres. Su espíritu combativo no amenguó en nada su rica comprensión para juzgar los acontecimientos y personas. La caridad abierta y comprensiva inspiró todos sus actos y con Pablo de Tarso quiso hacer "la verdad en la caridad para crecer en Aquel que es la cabeza, Cristo Nuestro Señor".

Cuando el 5 de Octubre de 1905 se cerraron sus ojos a la vida de la tierra pudo sin jactancia repetir con el Apóstol la palabra de suprema esperanza del luchador:

(7) Mun, Conde Alberto de: político y escritor francés (1841-1914), de ideas corporativistas.

“He combatido el buen combate, he terminado mi carrera, he guardado la fe réstame sólo esperar la corona que el justo Juez me otorgará en aquel día, con los que han amado y trabajado por su venida entre los hombres”.

Los años no han logrado borrar el eco del gran luchador. Encubierto en el bronce sigue dándonos su suprema lección: vivir con integridad nuestra fe, profesarla con valentía y consagrar a la causa de Cristo las mejores energías de nuestro espíritu.

Quiera el cielo para bien de las almas y de esta tierra chilena hacer que esta lección del gran cristiano perdure para siempre.

MANUEL FERNANDO PAROT SILVA. (FUNERALES) (1)

(13-III-1948)

Tiene la muerte una elocuencia soberana.

Y aunque semeje paradoja, son sus lecciones de vida.

Ante esta existencia terrena que se extingue y esa eterna que comienza, detengámonos a meditar sus lecciones.

Unió don Manuel Fernando Parot en armoniosa síntesis los dos amores tradicionales de nuestra raza chilena: los de su Patria y su Dios. Amó a su Patria.

Supo en los años mozos ofrendarle su donación total en la epopeya heroica del 79.

Supo del sacrificio del sol abrazador del desierto, del frío traspasante de la sierra, de la batalla en que se juega con la muerte, de la juventud que se entrega en oblación generosa.

Supo en sus años maduros, del otro laborar por la Patria, en la formación y educación de un hogar auténticamente cristiano.

Y supo en el ocaso de su existencia ofrecer a todo un pueblo la sombra amable de una ancianidad serena, donde se reflejaban la dulce bondad del amigo, la augusta majestad del patriarca, la firme quietud del labrador que mira ya cosechada la mies que con sudor sembró.

Y la Patria está hecha precisamente de todo esto. De virtudes familiares y cívicas, de gestos austeros de sacrificio y sonrisas amables de amistad, de sentir que cada vida es como el torrente que pasa mansamente y cuyas ondas sin detenerse, van dando siempre vida y fecundidad.

Y amó a su Dios.

Lo amó con esa fe robusta y sencilla de nuestros mayores, que sabe que el hombre sin Dios “es como un lobo aullando de desesperación hacia el infinito”.

Lo amó con esa fe valiente del hombre íntegro que no oculta sus creencias ni se avergüenza de ellas, que las proclama con viril fortaleza y las practica sin doblez, que sabe que “nunca es más grande el hombre que cuando ante Dios se arrodilla”.

(1) Ap. 14, 13.

Manuel Fernando Parot Silva: Veterano militar de la guerra de 1979.

Lo amó en Jesucristo, cuyo Evangelio hizo norma de su vida y a quien iba a buscar en la devota, frecuente y ejemplar recepción de los Sacramentos. Lo amó en su Iglesia, que prolonga en el espacio y el tiempo el misterio redentor de Jesús y a la cual sirvió con ejemplar dedicación.

La mano de una madre santa en el hogar y el espíritu de sabios maestros en este Seminario, había modelado su espíritu en las grandes virtudes del Evangelio y él hizo de esos principios la guía y norte de su existencia.

Y porque amó a su Patria y a su Dios, Chile inclina sobre él sus banderas enlutadas y la Iglesia, Madre cariñosa, eleva por la paz de su espíritu su fervorosa y solemne plegaria.

Nos dejó la lección de una vida y nos entrega la enseñanza de una muerte. De una vida donde los deberes del hombre y del cristiano son cabalmente cumplidos. Y de una muerte plácida donde el creyente se duerme en el tiempo para despertar en la eternidad.

Sabía con visión cristiana de infinito que esta existencia terrena es un peregrinar a la altura, que por las sombras se llega a la luz, por el combate a la paz, por el dolor al gozo, por el breve romperse del hilo de esta vida a la imperecedera posesión en Dios, de la Verdad y del Amor.

Y aguardó la muerte de pie, como el hombre que sabe que ella es la puerta por donde se llega a la ansiada felicidad.

Anhelaba llegar hasta su Dios, como el atleta que aguarda alcanzar la suspirada meta. Y su Dios que lo acompañó en la vida, lo esperaba también en los dinteles de la eternidad.

Llevaba el bagaje de sus obras con la seguridad que en él se cumpliría la palabra del Apocalipsis "Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor, sus obras los acompañan. (1).

Oyó la voz de Dios que lo llamaba: "siervo bueno y fiel entra en el gozo de tu Señor". (2). Y partió de esta vida.

Y allá arriba, Cristo, a quien nunca negó ante los hombres, lo reconoce y lo recibe ante su Padre Celestial.

"Hermanos no lloremos como los que no tienen esperanza". (3).

(1) *D M.*, 1-VI-1949. Publicado también el 22-III-1948.

(2) *Mt.* 25, 21.

(3) *I Ts.* 4, 12.

:—:—:—:—:

FORTUNATO ROJAS LABARCA. (FUNERALES) (1) (22-III-1948)

Para el cristiano, sólo un doble gesto cabe ante la muerte: la plegaria y la meditación.

La primera, nos remonta hasta Dios para encontrar en El la fuerza que consuela y la esperanza de nuestra resurrección.

La segunda, nos muestra el sentido del desaparecer terreno y del nacer para la vida de la eternidad.

(1) Fortunato Rojas Labarca: Director de *La Mañana*, Diario de Talca, por largos años.

Ambas dan al hombre la interpretación cristiana de la vida, donde lo caduco y lo perenne, lo relativo y lo absoluto, el cuerpo y el espíritu, se funden en una maravillosa síntesis que dice con el poeta:

"Este mundo es el camino para el otro que es morada".

Y que con Pablo de Tarso repite "no tenemos aquí ciudad permanente sino que vamos en busca de la futura y eterna". (2).

Por eso en esta mañana sube al cielo el silencioso rumor de nuestra plegaria y se concentran nuestros espíritus en la bella y fecunda lección que la vida de don Fortunato Rojas Labarca nos ofrece.

Si quisiéramos condensarla en un sólo pensamiento, habríamos de hacerlo con la palabra del Apóstol: "El justo vive de la fe" (3).

Varón justo, supo darle a Dios y a los hombres lo que a cada uno de ellos correspondía.

A Dios, la profesión íntegra, valiente, práctica y constante de su fe católica.

A los hombres, el abnegado servicio de una vida consagrada por entero al bien de los demás.

Y esa actitud ante ambos procedía de una misma fuente común: su cristianismo amado y vivido en plenitud.

Vida hermosa y fecunda de un hombre que lleva en su mente un ideal de Evangelio y hace de su existencia el surco generoso donde se arroja sin descanso esa simiente de inmortalidad.

Porque su fe cristiana no fue mera actitud rutinaria, ni vacío gesto externo, sino imperativo constante que lo impulsaba a vivir. Lo que creía, don Fortunato Rojas hizo de su existencia la práctica constante del mandamiento supremo de Jesús "Amarás al prójimo como a ti mismo". (4).

Y su profesión médica, sus esforzadas actividades de bien público, su preocupación honda de todos los problemas humanos, no fueron sino la expresión magnífica y la traducción en obras del gran mandato de la caridad.

Porque vivió su fe cristiana amó el arte que es manifestación terrena de la hermosura increada, realizando así lo que Agustín dijera: "la belleza es esplendor de la Verdad", (5) dejándonos junto a la lección de su espíritu exquisito el testimonio, una vez más repetido, del Cristianismo como fuente perenne de verdadera inspiración.

Su figura ascética era sobre nuestra ciudad de Talca como una gran sombra protectora.

Tenía la serena placidez del patriarca que transmite a las generaciones futuras el legado más perenne que el bronce, de su ejemplo y virtud.

Ese legado, era el recuerdo hecho carne, el pretérito continuado en presente, de las virtudes familiares y cívicas que forjaron la grandeza de esta tierra.

Era esa tradición cristiana que marca el surco histórico de nuestra patria chilena y sólo dentro de la cual habremos de encontrar la senda de un no mentido progreso.

Tal es la lección que la meditación de su muerte nos ofrece.

Y esa lección se transforma en plegaria.

(2) Hb. 13, 14.

(3) Ga. 3, 11.

(4) Mt. 22, 39.

(5) S. Agustín habla, en realidad, de "esplendor del orden".

Y la elevamos confiada, sabiendo que ha de llegar hasta el Padre de las Misericordias.

La oración litúrgica, nos ha dado el acento y con ella, húmedos los ojos, pero dilatado el corazón, decimos: "Para tus fieles, Señor, la vida no fenece, sino que cambia y deshecha esta habitación terrenal se edifica y levanta la eterna de los cielos". (6).

Dale, Señor a tu fiel siervo Fortunato, el reposo eterno y brille para él el día sin ocaso de la perpetua luz.

Y a quien siempre te proclamó ante los hombres, concédele, en el ósculo santo de tu amor infinito, el impercedero descanso de la paz.

(6) Prefacio de la Misa de Difuntos.

SANTIAGO LARRAIN Y VICUÑA (1er. "LARRAIN" EN CHILE):
200 AÑOS DE SU MUERTE (1)
(25-VII-1948)

Tiene este acto que hoy nos congrega un hondo significado.

Hay en él sentido evocador de un recuerdo, grave meditación de un presente, imperioso llamado de un deber.

Trae, como al abrirse del viejo arcón, el misterioso perfume de los tiempos idos y hace escuchar en un silencio emocionado lecciones que es menester reflexionar.

Doscientos años hace que, bajo el signo de la Cruz, duerme bajo lozas su eterno sueño don Santiago de Larraín y Vicuña.

Doscientas primaveras han desde entonces renovado los jardines de esta ciudad de Santiago del Nuevo Extremo y la historia ha seguido hilando en la rueca de sus días el poema de nuestra vida nacional.

Como retoños junto al añoso tronco caído, se congrega en este templo su actual descendencia unidos en la vibración de un mismo recuerdo, en la meditación de una misma enseñanza y en el suave murmullo de una idéntica plegaria.

Y entre el tráfago y bullicio de este siglo yergue, ante sus descendientes, con toda la fuerza de una evocación, la figura del Presidente de la Real Audiencia de Quito, del Alcalde de Santiago, del joven ardoroso que en un lejano 1685 vino, de tierras de Arenez, a traer a Chile el rico acervo de energía y esfuerzo de su alma navarra. Y su figura evocada ante el Altar de Dios, donde todo pasado se proyecta en eterno presente, hace resonar en nuestros espíritus la fecunda y perenne enseñanza de su vida transformada en lección.

Ella nos habla de las virtudes ancestrales de la tierra de Euzkadi de donde procedía, de la fe cristiana que informaba su existencia y de la nueva patria por cuya futura grandeza venía a laborar.

(1) Para el tronque genealógico con los "Larraín" de Monseñor, véase el volumen I, de *Escritos Completos*, p. 495.

En su fisonomía moral, recia estampa de vasco, con todas las características de la vieja raza de Altar. Pensamiento claro, mirar rectilíneo, voluntad tendida en esfuerzo, sobriedad de vida, sencillez austera a quien el oropel no cede, el aplauso no embriaga, ni la amenaza acobarda.

Vibraba en el espíritu del hidalgo de Aranez el alma de su raza vasca hecha de amor apasionado a la libertad que forja las fuertes democracias y de ese sentido de familia que al decir de Galíndez, (2) hace que "cada vasco en su esplendorosa individualidad no sea más que un eslabón en la raza a que pertenece; con ella sufre y llora, con ella ríe y canta".

Y fue don Santiago de Larraín en la tierra de adopción que escogió, un nuevo y elocuente testimonio de ese pueblo, varias veces milenario, que más que escribir, vive su historia y que en su realismo creador cuando un impulso místico lo sacude, da a la Iglesia un Iñigo de Loyola (3) y cuando un ansia de expansión lo estremece, prolonga en tierras de América su energía secular.

Los ojos del joven navarro que en su mocedad contemplaron extasiados las ubérrimas tierras de esta América virgen, nunca pudieron borrar de sus pupilas la severa rudeza del valle pirenaico, las verdes colinas de Aranaz y el torrentoso correr del Bidasoa y en su imagen le dejaron el decir sobrio, el perseverar firme, el querer hondo y el buscar, como el torrente aprisionado, los vastos horizontes de esa nueva patria que su descendencia ayudaría a crear.

La voz que de esta tumba se alza, nos ha hecho escuchar la lección de la tierra nativa que nos habla de su raza. Ella también va a dictarnos la lección del sentir cristiano que nos habla de su fe.

Cuando España, madura como fruta de estío, se abrió a los vientos de la historia en la epopeya magnífica de la conquista de América, arrojó sobre estas tierras nuevas la rica simiente de su robusta fe cristiana.

Don Santiago de Larraín y Vicuña sería un nuevo eslabón de ese ideal misionero que hizo comunicar a España sin medida el rico patrimonio de su tradición católica.

Es el gran tesoro español sin el cual no se comprende la clave de su historia.

Es el patrimonio cuyos surcos trazaron los pies apostólicos de Pablo y de Santiago, el que consolidara las figuras gigantes de Leandro, (4) Ildefonso (5) e Isidoro, (6) en el defendido con sangre, martirio en lucha siete veces centenaria y el expresado en gesto histórico por Cisneros (7) entregando a Isabel los cálices sagrados, para que como cantara el poeta:

"España se fue haciendo con plata de custodia y con oro de vasos que tuvieron a Dios".

Don Santiago de Larraín y Vicuña entregó a su descendencia el legado inapreciable del sentir cristiano que no es fe inoperante ni mera actitud rutinaria, sino vida divina que se inocular en nuestra vida humana, sentido de Cristo que ilumina la razón con la fe, fortifica la voluntad con la gracia y transforma el afecto con la Caridad.

(2) Galíndez: Escritor español contemporáneo.

(3) Iñigo de Loyola: San Ignacio, fundador de la Compañía de Jesús (1491-1556).

(4) Leandro. Obispo de Sevilla († 596).

(5) Ildefonso, Arzobispo de Toledo († 667).

(6) Isidoro, Obispo de Sevilla, Dr. de la Iglesia († 636).

(7) Cisneros, Fco. Jimenez, de: Cardenal confesor de la Reina Isabel y posteriormente regente de España.

Sentir cristiano, que con la copla de Manrique sabe que este mundo es el camino para el otro que es morada y que en esa doble luz de lo caduco y lo impercedero volará la existencia en función de eternidad.

Sentir cristiano que comprende que la fe no es mera actuación externa, sino posición ante la vida para hacer que el hombre realice en ella su destino divino.

Sentir cristiano limpio y macizo que no sabe de distingos sutiles, ni compromisos mundanos, que afirma y niega con el rotundo sí y no del Evangelio, que ama la Verdad y no la calla vencida ni por el temor ni por la alabanza, que siente la tremenda lógica de los principios transformados en norma de acción, que se inclina misericordioso hacia el que yerra, pero que se mantiene inflexible hacia el error, que realiza la frase vibrante del Evangelio que "quien dice que ama a Dios y no guarda sus mandamientos es un mentiroso" (8). Que en una palabra no hace de su fe pantalla donde esconde sus egoísmos, sino aguijón que constantemente le impulsa a la cima radiante de la perfección.

Ese fue el templo del sentir cristiano del hidalgo de Arenez.

No es alrededor de un escudo de fría piedra, que más de una vez puede servir para engendrar injustificadas vanidades, donde se realiza la supervivencia del alma de una estirpe, sino en el patrimonio celosamente mantenido de una fe viviente que nos da como norma el Evangelio, como camino la Iglesia y como guía a Cristo.

A la lección de la fe que desde esta tumba se evoca, se une la de la visión de la nueva patria en la cual Don Santiago de Larraín venía a laborar.

Eran los días de la Colonia donde se moldeaba la fisonomía de Chile y se precisaba el cauce histórico, por donde ésta debe desenvolverse y marchar.

Supo Don Santiago de Larraín instruir y comprender al Chile que nacía.

En sus valles estrechos y duros, él y los de su raza habían sentido perpetuarse como eco el "Jaungoikua eta Lege-Zarra" del lema real de Navarra: Honor a Dios y Libertad.

Y el amor a la libertad en la gloria de Dios que ellos traían sería una de las semillas de esa democracia chilena que, siglos más tarde, Menéndez y Pelayo señalará como honra y ejemplo de la América Hispana.

Desde las suaves laderas de Tobalaba sintió el poema de belleza del campo chileno, donde el rojo del atardecer cordillerano se quiebra en el blanquear de la nieve andina y el verde esmalte de los prados se pierde hasta confundirse con el oscuro azul del firmamento.

Y en ese campo labrado con esfuerzo y amor entrevió el secreto de un pueblo que en sobriedad y trabajo forja su futura prosperidad.

Porque sobre este suelo chileno, Don Santiago de Larraín, derramó en gesto amplio, virtudes de raza y de fe, podemos con razón mirarlo como uno de los hombres que en silencio fecundo labraron el cauce histórico de nuestro destino nacional. Y al ofrecer este aporte nos da también su lección de hondo sentir patrio que transmite a sus descendientes como un imperativo que es necesario, pese a cualquier sacrificio, cumplir.

Hemos hablado de un hombre y evocado junto a su tumba, su figura.

Hemos oído su lección de raza, de patria y de fe que resuena al través de dos centurias con misteriosa vibración.

Nos queda únicamente sentir el llamado que de esa figura y de esa lección se desprende.

(8) 1 Jn. 2; 4.

Y él nos llega como el imperativo enérgico de un deber.

Existen dos clases de recuerdos; el que sirve para dormirse sobre tiempo idos, refugiándose egoístamente en un pasado para ignorar las apremiantes necesidades del presente, y el que de ese mismo exprime el rico licor de la experiencia y con el cual se enfrenta con valentía al futuro que es necesario construir.

El primero, engendra vanidad. El segundo, sacrificio.

Uno es narcótico letal que enerva, el otro es llamado a la acción que estimula.

El recuerdo ante el altar de Dios, de Don Santiago de Larraín y Vicuña, como cristiano, es humilde y en vez de detenerse ante efímeros honores medita la responsabilidad que esa misma lección trae consigo.

Hablo, como ministro de Dios a sus descendientes en esta encrucijada histórica de Chile, para decirles que recordar a un hombre, escuchar su lección y sentir su llamado impone deberes ante la patria, que es imposible rehuir.

Deber de laborar por la grandeza de Chile.

La que nace antes que nada de la fuerza de su espíritu, la que se fundamenta en su tradición cristiana y se consolida al amparo de la ley moral en sus hombres o instituciones.

La raíz última de esto, de todos los problemas de la patria, radica ahí.

Sólo volviendo Chile al pleno dominio de los valores cristianos podrá encontrar el derrotero de su pérdida paz.

Ese fue el gran legado del hidalgo Navarro y en este día su espíritu que ya goza de la eterna luz nos interroga, ¿lo hemos sabido custodiar? Grandeza de Chile que se realiza en el esfuerzo unido que construye y no en la división estéril que aniquila.

Grandeza que se logra cuando sobre juicios diversos la comprensión estrecha las mentes y la caridad fraterna armoniza y hace concordés las dispares voluntades.

Grandeza de Chile que no se edifica sobre fuerza o violencia sino en imperio de justicia social y evangélica solidaridad.

De nuevo la figura de Don Santiago de Larraín nos interroga. ¿Hemos sabido comprender las angustias y dolores de ese pueblo que pide pan, justicia y amor?

¿Hemos guardado intacto ese su hondo sentir cristiano que nos enseñó a amar al prójimo como a nosotros mismos, por Dios?

¿Hemos sentido que en el acervo de cultura y bienestar recibido de nuestros mayores vibra implacable la parábola de los diez talentos que es menester hacer fructificar?

Su voz nos llama en esta hora a la meditación. Pero nos llama también a la plegaria.

El recuerdo cristiano nos es una plegaria. Y mientras en el altar la Víctima Divina se ofrece, nuestras almas se unen como coral de muchas voces en una gran oración.

Por los que partieron y por los que quedan. Por los que abatió la vida y marchitó el dolor. Porque la lección de sobriedad austera, de trabajo esforzado, de piedad intensa y de sentir cristiano de Don Santiago de Larraín perdure siempre en su descendencia.

Y porque en esas grandes virtudes que él nos legara, sepa cada uno cumplir para Cristo y la patria su misión.

LUIS CORREA NUÑEZ. FUNERALES (1)
(14-VIII-1948)

Tiene la muerte cristiana el hondo sentido de una lección.

Brotan del silencio de la tumba dos palabras de vida y de esperanza que alientan y consuelan.

Una nos señala el rico acervo de una existencia plena, la otra el tesoro inextinguible de una vida imperecedera.

Así, junto a la tumba de Luis Correa Núñez, hemos sentido resonar esas palabras que hoy, en esta mañana queremos repetir.

Lección de vida plena en la cual los tres ideales del hombre: Dios, patria y familia, hallaron cabal realización.

Su Dios. Lo proclamó con valentía. Lo confesó con fe. Lo sirvió con amor.

No fue el católico cobarde que esconde sus creencias.

Sabía que el cristianismo es luz y la irradió con profusión.

Que la Religión es vida y se acercó a su fuente, Jesucristo.

Que el gran precepto es amar y silenciosamente derramó Caridad.

Su Patria. La amó en la tierra áspera del paisaje costino y en la fértil llanura de nuestro valle central. En la fortaleza e integridad de sus instituciones y en la austera virtud de sus gobernantes.

La sirvió consagrando a su ideal político sus mejores actividades.

Nunca la torpe ambición del halago mundano oscureció su abnegada dedicación a este trabajo.

Para él esta labor significaba la cooperación que debía prestar a la grandeza y felicidad de este su Chile.

Su familia, las ricas virtudes del padre cristiano resplandecen en él.

Fue para los suyos lección viviente de serena firmeza en el deber, de tierna solicitud en el afecto, de abnegada dedicación en la sublime tarea de educar.

La palabra de la vida pasada nos deja una lección y con ella la certeza de la bíblica promesa: "Bienaventurados los que mueren en el Señor. Sus obras los acompañarán". (2).

La palabra de la esperanza cristiana nos señala también lo que no ha encontrado.

Morir es renacer a vida verdadera.

La muerte no destruye; sólo cambia la frágil morada de la tierra por la imperecedera del cielo.

En la luz de la verdad que él creyó.

En el amor a Dios que inspiró sus actos.

En la adorable persona de Jesucristo que guió su existencia, Luis Correa Núñez encuentra el galardón de una vida cristiana en que supo "pelear el buen combate del Señor". (3).

Su recuerdo es para los que quedan, plegaria y lección.

La lección nos mueve a imitar sus virtudes.

La plegaria a implorar para su alma el descanso en la paz.

Lección y plegaria nos dicen que el recuerdo estimula, la oración eleva, la piadosa evocación consuela, para darnos en el dolor de la separación y en la certidumbre del premio, la sublime visión de la vida fugitiva que se prolonga en lo eterno y de la existencia humana que se levanta hasta Dios.

(1) *D. M.*, p. 3.

(2) *Ap.* 14, 3.

(3) *2 Tm.* 4, 7.

EL POETA JORGE GONZALEZ BASTIAS (1)
(22-XI-1951)

Señor
Jorge Silva Valdés
SANTIAGO
Mi estimado Jorge:

Recibo su amable carta invitándome a la velada en memoria del buen amigo Jorge González Bastías, que tendrá lugar mañana viernes en la Universidad Católica de Santiago.

Créame que me es doloroso el no encontrarme ahí presente. Obligaciones de la Diócesis me impiden sin embargo concurrir. Habría deseado exteriorizar con mi presencia la alta estimación y el sincero afecto que a don Jorge profesaba y que él retribuía con un inmerecido aprecio hacia mí.

La vida del común amigo fue, por muchos motivos, ejemplar. En tiempo de agitación, supo gustar la paz silenciosa de nuestros campos. En época de vanidad y ostentación, él prefirió la simple y adusta sencillez de nuestras tierras maulinas.

Tenía un alma moldeada en el espíritu del Evangelio y por eso mismo su poesía está impregnada de un hondo acento cristiano.

Me dice en su carta de invitación que don Jorge les hizo saber "la paz íntima que significó para él mi visita a Infiernillo poco antes de su muerte". Tampoco yo olvidaré esas horas, en las cuales don Jorge compuso "su mejor poema". Fue una mañana fría y luminosa de invierno. Advertido de la gravedad de don Jorge, partí a Infiernillo en el tren de la mañana. Mi entrevista con el amigo poeta debía ser sencilla y honda como su alma. "Don Jorge, le dije, Ud. ha buscado siempre a Dios. Ha cantado la belleza de las cosas creadas por la mano divina y al través del paisaje de nuestros campos costinos ha sentido la atracción de su inefable presencia. Ud., Don Jorge, le añadí, ha seguido a Cristo y ha vivido en el espíritu de las Bienaventuranzas del Evangelio, amando la pobreza, la bondad, la paz y la simplicidad de la vida. Le falta sólo una cosa, tenerlo en su corazón" y clavando en mí esa mirada de niño que conservó hasta el fin, me respondió con su sencillez característica: "¿Qué debo hacer para tenerlo?"

Lo preparé a ese encuentro íntimo de Cristo con su alma y mientras lágrimas de emoción corrían por su rostro él hablaba al Dios escondido con la diafanidad de la fe revivida, y la ternura del que abre su corazón a un amigo, siempre buscado y ahora felizmente hallado. De esos instantes de plenitud espiritual del poeta maulino, me cupo ser el único testigo y confidente. No profanaré en publicidad la expresión de sentimientos tan íntimos y delicados. Diré, tan sólo, con honda convicción que en esa hora Jorge González Bastías compuso "su mejor poema".

El poeta de las tierras pobres poseía en su alma al que dijo "bienaventurados los que son pobres en su espíritu" (2).

El cantor de la humildad de nuestros campos costinos sentía la voz secreta del que diera como fórmula suprema de paz interior "aprended de mí que soy manso y humilde de corazón". (3).

El hombre que se aproximaba a las sombras de la muerte, repetía con palabras muy semejantes, lo que otra alma grande. Newman, cantaba

(1) *D. M.*, p. 3.

(2) *Mt.* 5, 3.

(3) *Mt.* 11, 29.

en una de sus poesías: "Lead kindly light", "condúceme luz bondadosa", entre las tinieblas que me circundan". El poeta de alma cristiana que humildemente definió su vida. "¡Señor! No tengo historia. Algunos versos cuentan mi vida entera" encerraba en este poema final que nunca será escrito en letras humanas la orientación definitiva de su vida.

Cuando embargado por la emoción salí de su aposento, en esa mañana fría y llena de luz, mis ojos se encontraron con el paisaje que don Jorge tanto amó. El Maule sinuoso, las tierras rojizas, el verde de los pinares, el amarillo otoñal de los pellines y el oro de las hojas ya prontas a caer de nuestras vidas. El supo encontrar el alma escondida del paisaje y supo en él hallar al autor de toda belleza y bondad. Pensé en otro poeta semejante, de nuestro tiempo, Francis Jammes y la estrofa inmortal de Fray Luis de León, volvió también a resonar en mi espíritu, cuando canta: "la escondida senda por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido".

Perdone, mi estimado amigo, el que me haya extendido sin darme cuenta en lo que quiso ser tan sólo la reminiscencia de una hora grande y decisiva del común amigo.

Le ruego decir a los amigos Carlos Correa, Jerónimo Lagos, René Aravena, etc., que desde aquí los acompaño íntimamente en este homenaje al cual me asocio con toda la sinceridad del afecto hondo, la admiración viva y el recuerdo fiel al amigo cuya presencia perdura y cuyo espíritu goza —así confío— de la posesión de Cristo a quien buscó en la belleza de las criaturas y a quien halló en la presencia de su Eucaristía.

Quedo como su Afmo. amigo y S.



SEÑORITA LEHNEN VIEDMAYER. FUNERALES

Frente a la realidad de la muerte meditamos el sentido de la vida. En esta circunstancia tan imprevista, Dios quiere darnos una doble lección: la fugacidad de la vida y el sentido de nuestro peregrinar.

Somos conscientes de la fugacidad de nuestra existencia. En este momento lo comprendemos más que nunca. Vemos nuestra limitación y nuestra miseria. Todo pasa, todo se acaba.

Pero al mismo tiempo, la muerte de una persona tan querida nos hace comprender el sentido de nuestra existencia.

Los cristianos somos los que no nos apegamos al tiempo, los que lo medimos a través del prisma de la eternidad.

El hombre viene de Dios; hay dentro de nuestro cuerpo destellos de inmortalidad. Creados a imagen de Dios y redimidos por la sangre de Cristo para vivir eternamente, nos sentimos en las manos de Dios. Es El quien nos trae a la vida y nos impulsa hacia el más allá. Es El quien nos ama y por eso quiere darnos la felicidad.

En la vida nadie puede decir que sea plenamente feliz: niños, adolescentes y hombres maduros ven mezcladas en su existencia la alegría y la desdicha, experimentan el desencanto de no realizar sus proyectos.

Solamente en la vuelta a Dios se encuentra la verdadera felicidad.

San Pablo nos enseña que no debemos sufrir como los que no tienen esperanza. Si bien es cierto que en estos momentos nuestros corazones sangran por el dolor, sin embargo, al mismo tiempo sentimos el consuelo de la

esperanza. Este consuelo que el Señor nos ofrece, nos hace comprender las palabras del Prefacio de la Misa: "mientras se destruye la casa terrenal, se construye otra eterna en el cielo".

Esta morada eterna, la vamos construyendo día a día por medio de nuestras obras.

Bajo este aspecto, Lehen nos deja una profunda lección, el sentido de responsabilidad. Esa responsabilidad que desde pequeña aprendió junto a una maestra imponderable. Comprendió que la vida no hay que vivirla en forma egoísta y aislada. Quiso compartir el dolor de los humildes y la pena de los niños abandonados.

Lehen no solamente nos deja su sonrisa, nos deja mucho más. Lehen sintió el peso de su responsabilidad cristiana. En un mundo que necesita de Dios, en un mundo lleno de miseria y que siente ansias de justicia y de paz, ella consagró en el apostolado sus mejores años, integrando los equipos de la Misión General, los años que otras consagran a la rutina, a la vida fácil, como si la vida pudiera vivirse fácilmente.

Langen maduró temprano. Las vidas no se miden por el número de años. Llena de la inmensa grandeza que le dio su vida cristiana, estaba preparada para el Reino de los Cielos.

Para nosotros, no sólo queda el recuerdo. Existe una presencia suya a través de la comunión de los santos, que la hará seguir viviendo cerca de nosotros, porque para los que estamos unidos en Cristo no hay distancia.

Partió antes. Nos precedió. Hemos de esperar su valiosa intercesión. El Señor le dé el descanso y a nosotros la resignación y el consuelo cristiano.



A P E N D I C E S

LLAMADO DE SU SANTIDAD PIO XII A LA UNION Y CONCORDIA DE
TODOS LOS CATOLICOS DE CHILE (1)
(II-1950)

El Excmo. y Rvdmo. Cardenal Arzobispo de Santiago, Dr. don José María Caro Rodríguez, ha recibido una carta del Excmo. y Rvdmo. Monseñor Domingo Tardini, Secretario de la S. Congregación de Negocios Extraordinarios del Vaticano, en la que manifiesta que "El Santo Padre, preocupado a causa de las persistentes divisiones y polémicas por motivo de política de partidos y, anhelando a la vez dar una palabra de aliento al Episcopado Chileno para que trabaje por la unión de los católicos y para el bien espiritual del pueblo, que no puede estar separado de la justicia, de la paz social, me ha encargado dirigir, con este fin una carta a vuestra Eminencia, para que sea conocida y meditada".

"Tengo el honor de acompañarle el documento".

"Vaticano, 10 de Febrero de 1950".

Eminencia Reverendísima:

En su larga y tan fecunda carrera, Vuestra Eminencia Reverendísima ha podido observar cuán a pecho tenga la Santa Sede la prosperidad religiosa de Chile.

La erección de nuevas Provincias Eclesiásticas, y de nuevas Diócesis y circunscripciones misioneras, la mejor organización de los Seminarios, y los esfuerzos en favor de una formación más perfecta del clero, el apoyo y ayuda siempre prestados para el envío a Chile de misioneros y religiosas, el aliento a las actividades culturales, a la enseñanza catequística de parte de los seglares y a las nuevas formas del apostolado requeridas por los nuevos tiempos, son otras tantas pruebas del vivo interés manifestado por la Santa Sede en los últimos decenios en pro de las necesidades religiosas de esa Nación.

Sin embargo, algunos problemas, por su importancia, gravedad y delicadeza han llamado particularmente la maternal y a veces temerosa atención de la Iglesia: se trata sobre todo de las divisiones de los católicos en el terreno político con posible daño grave para la unidad superior de la fe y de la obediencia exigida por la disciplina de la Iglesia, cuando se trata de la necesaria y obligatoria actividad de los católicos en el terreno social.

Acerca de estos graves problemas ya en el año 1934, con carta del 1º de Junio al Excmo. Nuncio Apostólico de Chile, había dado claras normas directivas, en nombre del Santo Padre, el Cardenal Secretario de Estado, hoy Sumo Pontífice gloriosamente reinante. Esas directivas generales no han perdido hoy nada de su actualidad, sino más bien, al contrario, ante las persistentes divisiones y polémicas entre los católicos en el terreno político y ante tantas deficiencias en el terreno social, no compensadas con las estériles disputas, ante el consiguiente debilitamiento de la estrecha unión de los católicos, del cual se aprovechan los enemigos de la Iglesia, esas directivas se vuelven a recordar e inculcar con firmeza.

"Es evidente —escribía entonces el reinante Pontífice— que la Iglesia no podría ligarse a un partido político sin comprometer su carácter sobrenatural y la universalidad de su misión". Los católicos, por tanto, pueden inscribirse y militar en aquellos partidos y deben dar el voto a aquellos candidatos, que ofrezcan seguras garantías para el respeto de la Reli-

(1) *La Revista Católica*, XLIV (1950), p. 2367-2369.

gión, de la Iglesia Católica, de su Doctrina y de sus derechos. "Es, sin embargo, obligación de todos los fieles, aunque militen en diversos partidos no sólo conservar siempre con todos, pero especialmente, para con los hermanos en la fe, aquella caridad que es como el distintivo de los cristianos sino también anteponer siempre los intereses de la Religión, a los del propio partido, y estar siempre prontos a la obediencia a sus Pastores, cuando, en circunstancias especiales, los llamaren a unirse para la defensa de los principios superiores".

Mas, hoy en todas las Naciones del mundo hay un problema grave y urgente: el problema social. Para éste la Iglesia ha proclamado su luminosa doctrina, la cual, fundada en la ley natural que exige la justicia social, recibe perfeccionamiento y como un alma nueva de la luz del Evangelio y de la llama de caridad de nuestro Redentor. Después de las grandes Encíclicas de León XIII y Pío XI, después de los preciosos y copiosos documentos sociales de Pío XII, ya no deberían los hijos de la Iglesia, a cualquier partido político a que pertenezcan, ignorar el camino que han de seguir o, reusar seguir ese camino. Por lo mismo resulta mucho más doloroso comprobar cuán frecuentemente aún, quien hace amplia profesión de fe y de devoción a la Iglesia, se muestre insensible a las propias responsabilidades y a los propios deberes sociales. Y, sin embargo, para naciones como Chile, donde el problema social se va haciendo cada día más agudo, se puede decir, que el porvenir de la Iglesia depende sobre todo de la sensibilidad de los católicos acerca de estos deberes.

En esa Nación, no pequeña parte de la escuela pública, prácticamente sin Dios, ha dado sus lamentables frutos; a lo cual se agrega hoy el esfuerzo progresivo por descristianizar las clases más humildes, y, por esto mismo, más cercanas al corazón maternal de la Iglesia: los obreros y los campesinos asechados unos y otros por una propaganda, a veces abierta, a veces disimulada, de ateísmo y materialismo, que toma ocasión y pretexto de las justicias sociales verdaderas o falsas.

En esta hora tan grave, es vivo deseo del Santo Padre que el Episcopado Chileno, tan solícito por el bien espiritual de la Patria amada, se estreche siempre más, en unidad de espíritus, de propósitos, de acción, en torno de la venerada persona de Vuestra Eminencia, a fin de que los sacerdotes y los fieles, bajo la sabia guía de sus Pastores, con alto sentido de disciplina y de plena conciencia de su responsabilidad, formen como una sólida roca contra los asaltos de los enemigos y preparen con su ejemplo y con su acción, días de prosperidad religiosa y civil, de paz y de justicia para su noble Patria.

Al hacerme intérprete ante Vuestra Eminencia de la Augusta Mente de Su Santidad, beso humildemente la S. Púrpura y con profunda veneración me profeso.

De Vuestra Eminencia Reverendísima, Humildísimo, Obedientísimo, Servidor, DOMINGO TARDINI.

—:—:—:—:—

COMENTARIO OFICIAL QUE EL EPISCOPADO NACIONAL HACE A LA
CARTA DIRIGIDA POR EL EXCMO MONS. TARDINI AL EMMO.
CARDENAL JOSE MARIA CARO (1)
(IX-1950)

División de los católicos en el terreno político. —El problema social—. Un llamado a todos los católicos para que "se unan por encima de las divisiones temporales que los separan".

Los Ordinarios Eclesiásticos de Chile, reunidos en sus Conferencias Episcopales bienales, han creído conveniente y necesario el comentar a los fieles las enseñanzas contenidas en la carta que, con fecha 10 de febrero del presente año, el Excmo. Mons. Domingo Tardini ha dirigido al Emmo. Cardenal Arzobispo de Santiago y, por su intermedio al Episcopado Chileno. El Emmo. Cardenal Arzobispo de Santiago comentó oportunamente esas directivas a las cuales nos adherimos.

Siendo esta la primera vez que el Episcopado se reúne después de la recepción de dicho documento, ha juzgado que no puede dejar pasar en silencio las sabias enseñanzas ahí contenidas que dicen relación con graves y trascendentales problemas de la Iglesia en Chile.

Ante todo, queremos expresar públicamente nuestra profunda y filial gratitud hacia nuestro Santo Padre el Papa Pío XII, que en este documento nos demuestra una vez más:

"Cuan a pechos tenga la Santa Sede la prosperidad religiosa de Chile". (1).

Los puntos principales tratados en el llamado oficial de la Santa Sede a los católicos chilenos, podemos concretarlos a los siguientes:

I.— *División de los católicos en el terreno político*

El Documento de la Santa Sede que comentamos, comienza por reiterar las directivas dadas al Excmo. Nuncio Apostólico en Chile, el año 1934, por el entonces Emmo. Cardenal Secretario de Estado, hoy Sumo Pontífice, gloriosamente reinante. "Esas directivas generales, dice el Excmo. Mons. Tardini, no han perdido nada de su actualidad... y se vuelven a recordar e inculcar con firmeza" (2).

Dichas directivas que fueron oportunamente explicadas por el Episcopado Nacional, en Pastoral Colectiva el año 1935, pueden resumirse en los siguientes puntos que el documento que comentamos explícitamente recuerda:

1) "La Iglesia no puede ligarse a la actividad de un partido político sin comprometer su carácter sobrenatural y la universalidad de su misión". (3).

2) "Los católicos no están obligados a inscribirse en un partido político determinado, "por tanto pueden inscribirse y militar en aquellos partidos y deben dar el voto a aquellos candidatos que ofrezcan garantías para el respeto de la Religión de la Iglesia Católica, de sus doctrinas, de sus derechos". (4). Como consecuencia, no pueden los católicos inscribirse en partidos cuyas doctrinas y actuaciones sean contrarias a las directivas de la Iglesia.

(1) *La Revista Católica*, XLIV (1950), p. 2636-2639.

(2) Cfr., artículo anterior (p. 354-355).

(3) Carta del Emmo. Cardenal Pacelli al Excmo. Sr. Nuncio en Chile.

(4) *Ibidem*.

3) Aunque libres para militar en diversos partidos, en las condiciones señaladas, los católicos debe n“conservar para con todos y especialmente con los hermanos en la fe aquella caridad que es como distintivo de los cristianos”. (5).

4) “Deben anteponer siempre los intereses superiores de la Religión a los del propio partido”. (6).

5) “Deben estar siempre prontos a la obediencia a sus pastores, cuando en circunstancias especiales, los llamaren a unirse para la defensa de los principios superiores”. (7).

En consecuencia, la unión a que la Santa Sede llama a los católicos chilenos en los documentos que comentamos, no es la unión en un solo partido político, ya que libres son de pertenecer a diversos en las condiciones señaladas, sino la unión en caridad fraterna y en la defensa de los principios de la Iglesia. ¿Qué significa en la práctica esta unión?

a) Que, en los asuntos políticos en que están de por medio problemas que dicen relación con la defensa de principios superiores o con el bien espiritual de las almas, todos los católicos, sean cuales fueren los partidos a que pertenezcan, han de unirse en la defensa de tales principios.

b) Que, “en las cuestiones en las cuales, sin detrimento de la fe y de la disciplina, se puede discutir el pro y el contra, porque la Santa Sede nada aún ha decidido, a nadie le es prohibido el emitir y defender su opinión: pero si, en esas discusiones hay que abstenerse de todo exceso de lenguaje que pudiera ofender gravemente la caridad. Que cada uno sostenga su opinión libremente, pero que lo haga con moderación y no crea poder achacar a los que sostienen una opinión contraria, nada más que por ese motivo, el reproche de una fe sospechosa” (8). Los católicos han de abstenerse de caer en la confusión entre los principios de la fe revelada y las soluciones sobre las cuales se puede legítimamente discrepar.

Los soldados de un ejército poderoso, no emplean las mismas armas ni la misma táctica, decía S. S. Pío X a los jóvenes franceses, sin embargo, deben estar unidos en la misma empresa, mantener un espíritu de cordialidad fraterna y obedecer prontamente a la autoridad que los dirige”.

c) Que, unidos en las cosas necesarias y libres en las discutibles, los católicos tienen la obligación grave de guardar en sus palabras, sentimientos y actitudes, el precepto distintivo del cristiano, que es la caridad fraterna. Repetimos aquí las palabras de Bossuet: “Quien renuncia a la caridad fraterna, renuncia a la fe, abjura del cristianismo, se aparta de la escuela de Jesucristo, es decir, de su Iglesia” (Meditación sobre el Evangelio).

Con profunda amargura los Obispos de Chile, vemos cómo las diferencias de orden político hacen que los católicos falten al “mandamiento máximo del Cristianismo”: cómo esas divisiones penetran al seno de las familias y de las instituciones católicas y cómo “de las persistentes divisiones y polémicas en el terreno político, y de las estériles disputas, se debilita la estrecha unión de los católicos y se aprovechan los enemigos de la Iglesia” (9).

(5) *Ibidem.*

(6) *Ibidem.*

(7) *Ibidem.*

(8) S. S. Benedicto XV *Ad Beatissimi.*

(9) Carta del Excmo. Mons. Tardini al Excmo. Cardenal Arzobispo de Santiago.

II.— *El problema social*

El Documento Pontificio que comentamos, trata, en segundo lugar y con igual claridad y energía de "la necesaria y obligatoria actividad de los católicos en el terreno social" (10). Estas enseñanzas pueden resumirse en los siguientes puntos:

1) El problema social de Chile, lejos de solucionarse, "se va haciendo cada día más agudo" (11).

Ante este "grave y urgente" problema, "la Iglesia ha proclamado su luminosa doctrina, la cual, fundada en la ley natural que exige la justicia social, recibe perfeccionamiento y como un alma nueva de la luz del Evangelio y de la llama de caridad de Nuestro Salvador (12).

2) Ningún católico puede quedar, teórica o prácticamente, al margen del cumplimiento de esas doctrinas sociales. "Después de las grandes Encíclicas de León XIII y Pío XI ya no deberían los hijos de la Iglesia, a cualquier clase social y a cualquier partido político a que pertenezcan, ignorar el camino que han de seguir o rehusar seguir ese camino" (13).

3) No es posible pretender separar la práctica de los deberes religiosos de los deberes sociales. "Resulta más doloroso comprobar, añade el documento que comentamos, cuan frecuentemente, aún quien hace amplia confesión de fe y devoción a la Iglesia, se muestre insensible a las propias responsabilidades y a los propios deberes sociales" (14).

4) La práctica de estos deberes sociales adquiere en Chile una singular gravedad, ya que a la justa solución del problema social está vinculado estrechamente el desarrollo futuro de la Iglesia en nuestra patria.

Es la palabra misma de la Santa Sede la que nos pone frente a este gravísimo deber: "Para naciones como Chile, donde el problema social se va haciendo cada día más agudo, se puede decir que el porvenir de la Iglesia depende de la sensibilidad de los católicos acerca de estos deberes" (15).

5) La solución del problema social, a la luz de la sociología católica, es tarea obligatoria de todo católico. Esta acción se fundamenta "en la obediencia exigida por la disciplina de la Iglesia, cuando se trata de la necesaria y obligatoria actividad de los católicos en el terreno social" (16).

Ningún católico puede rehusar su adhesión y cooperación a esta doctrina. Su Santidad Pío XII decía en 1945 a la Acción Católica Italiana: "La doctrina social de la Iglesia es clara en todos sus aspectos. es obligatoria. Ninguno puede apartarse de ella sin peligro para la fe y para el orden moral".

6) Por lo mismo que esa doctrina social de la Iglesia es obligatoria para todo católico, ningún grupo determinado puede decirse su intérprete oficial ni detentador de sus enseñanzas.

Recordamos la declaración que a este respecto hiciera en el mes de mayo pasado la Comisión Episcopal: "La doctrina social católica es patrimonio de la Iglesia, y en consecuencia, la acción social que de ella deriva es deber de todos y monopolio de ninguno".

Y la que en Pastoral Colectiva de 1º de enero de 1947, hizo el Episcopado Nacional: "Ninguna institución, movimiento o agrupación política, puede mostrarse o decirse representante oficial de dichas doctrinas".

(10) *Ibidem.*

(11) *Ibidem.*

(12) *Ibidem.*

(13) *Ibidem.*

(14) *Ibidem.*

(15) *Ibidem.*

(16) *Ibidem.*

Reiteramos una vez más de satisfacción y alabanza a todos los católicos que desde cualquier campo trabajen en favor de la práctica y realización de los principios de la Iglesia en cuanto al orden social y económico.

7) La Comisión Episcopal el 12 de mayo del presente año, señaló el plan inmediato sobre la realización de la Doctrina Social de la Iglesia. Ese plan expresa en forma concreta y precisa el cumplimiento que los católicos de Chile han de dar a la voz del Papa y de sus Obispos.

Urgimos a todos los católicos de Chile, cualesquiera que sean las diferencias políticas o sociales que los separen, a unirse a este programa práctico de acción que es la expresión de nuestro deber social apremiantemente recordado por Su Santidad.

8) Las discusiones estériles, las mutuas recriminaciones y lo que es peor, el tener poco menos que por separados de la Iglesia a los que no concuerdan plenamente con sus puntos de vista puramente políticos o económicos, materias en las cuales cabe amplia diversidad de pareceres, sirvan únicamente para romper la concordia fraterna, "dañar la unidad de la fe" (17) y abrir la puerta a multitud de males para la Iglesia.

"Es vivo deseo del Santo Padre, concluye el documento comentado que los sacerdotes y los fieles, bajo la sabia guía de sus pastores, con alto sentido de disciplina y plena coincidencia de responsabilidad formen como una sólida roca contra los asaltos de los enemigos y preparen, con su ejemplo, y con su acción, días de prosperidad religiosa y civil, de paz y de justicia para su amada Patria" (18).

Como Pastores de almas y siguiendo las normas de su Santidad el Papa, consciente de los graves problemas de la Iglesia en esta hora, exhortamos vivamente a todos los católicos de Chile, a que, dentro de los principios y normas aquí señalados, se unan por encima de las divisiones temporales que los dividen, en el plano de los intereses superiores de la Iglesia, en la defensa de sus enseñanzas y en la realización de todas sus doctrinas y piensen en la gravísima responsabilidad que contraen ante Dios, si, cegados por pasiones pequeñas y personales, no saben anteponer a ellas los trascendentales intereses de la Iglesia y de la Patria.

José María, Card. Caro Rodríguez, Arzobispo de Santiago; Alfredo Silva Santiago, Arzobispo de Concepción; Alfredo Cifuentes Gómez, Arzobispo de La Serena; Rafael Lira Infante, Obispo de Valparaíso; Ramón Munita Eyzaguirre, Obispo de Puerto Montt; Jorge Larraín Cotapos, Obispo de Chillán; Roberto Bernardino Berríos, Obispo de San Felipe; Manuel Larraín Errázuriz, Obispo de Talca; Eduardo Larraín Cordovez, Obispo de Rancagua; Hernán Frías Hurtado, Obispo de Antofagasta; Arturo Mery Beckdorf, Obispo de Valdivia; Roberto Moreira Martínez, Obispo de Linares; Alejandro Menchaca Lira, Obispo de Temuco; Pedro Aguilera Narbona, Obispo de Iquique; Valdimiro Boric C., Obispo de Punta Arenas; Teodoro Eugén Barrientos, Vicario General Castrense; Augusto Salinas Fuenzalida, Obispo Electo de Ancud; Fernando Rodríguez Morandé, Administrador Apostólico de Copiapó; Antonio Michelato, Prefecto Apostólico de Aisén; P. Guillermo Laufen, Vicario General de la Araucanía.

(17) *Ibidem.*

(18) *Ibidem.*